

LA RAZA LATINA

PERIÓDICO INTERNACIONAL

Se publica en Madrid dos veces al mes, en francés, italiano, portugués y español.

COLABORADORES

Abad y Aparicio (Hilario).
Alcalá Galiano (Antonio).
Bathie, ex-ministre de l'Instruction publique en France.
Cenavides (Antonio).
Campoamor (Ramon).
Camús (Alfredo Adolfo).
Cánovas del Castillo (Antonio).
Carramolino (Juan Martin).
Carrascosa (Pedro).
Castelar (Emilio).
Castro y Serrano (José).
Corfberz de Medolheing (A), président de la Société des bibliothèques populaires en France.

Cortázar (D. Eduardo).
Dupanloup, évêque d'Orléans, membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Eguren (José María).
Fanet (Paul), professeur d'Histoire de la philosophie à la Sorbonne de Paris.
Favre (Jules), membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Frank (A), professeur du Droit des gens (Sorbonne).
Gambetta (Léon), membre de l'Assemblée nationale.
Girardin de, publiciste français.
Giraud, membre de l'Académie des Sciences de Paris.
Gutierrez de la Vega (D. José).

Hauleville de.
Hartzenbusch (Juan Eugenio).
Hugo (Victor), poète français.
Hurtado (Antonio).
Laboulaye, professeur d'Histoire et de Législation comparée, Collège de France.
Lhoest, écrivain belge.
Llofriu y Sagrera (Eleuterio).
Lopez Serrano (Juan).
Martin (Meliton).
Moraita (Miguel).
Nieto (José Moreno).
Nuñez de Arce (Gaspar).

Parien de, membre de l'Académie.
Patin, Secrétaire général de l'Académie française.
Rodriguez Sobrino (Matias).
Rodriguez Rubi (Tomás).
Rykens, directeur du Collège épiscopal de Boormande (Limbourg Hollandais).
Sandeau, de l'Académie française.
Torres Muñoz y Luna (Ramon), Membre de l'Académie de Munich.
Valera (Juan).
Valero y Soto (Juan).
Valero Tornos (Alvaro).
Villemessant de.

Fundador y Director: D. Juan Valero de Tornos

SOMMAIRE

PARTE EDITORIAL.—REVUE ESPAGNOLE ET ÉTRANGÈRE, par D. Eduardo de Cortázar.—LES ARTS ET LA LITTÉRATURE CONTEMPORAINE, par M. le baron de Privel.—LA FRANCE EN PRÉSENCE DU GERMANISME, par M. B. Lefranc.—LETTRES À UN HOMME DU MONDE (suite), par Monseigneur Dupanloup.—COLABORACIÓN.—PHILOSOPHIE DU SENS COMMUN, par Meliton Martin.—LE VOLONTAIRE DE CUBA, par D. José Gutierrez de la Vega.—QU'EST LE PROGRÈS? par Mr. Flucillez.—CADUTA DELLE MARMORE E LAGO DI PIEDILUGO, par D. José Gutierrez de la Vega.—Etude du droit politique.

SUMARIO

PARTE EDITORIAL.—REVISTA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA, por D. Eduardo de Cortázar.—REVISTA DE ARTES Y LETRAS CONTEMPORANEAS, por el baron de Privel.—LA FRANCIA EN PRESENCIA DEL GERMANISMO, por B. Lefranc.—CARTAS A UN HOMBRE DE MUNDO SOBRE LA MANERA DE EMPLEAR SUS OCIOS, por Mgr. Dupanloup, Obispo de Orleans.—COLABORACION.—FILOSOFÍA DEL SENTIDO COMUN, por D. Meliton Martin. (Capítulos V y VI).—EL VOLUNTARIO DE CUBA, por D. José Gutierrez de la Vega.—¿QUÉ ES EL PROGRESO? por D. E. Fluchiler.—CADUTA DELLE MARMORE E LAGO DI PIEDILUGO, por D. José Gutierrez de la Vega.—Estudios de derecho político. (Continuacion.)

REVISTA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

La apertura de las sesiones de los Consejos generales franceses se inició con la tumultuosa de Marsella, en la que su presidente M. de Labadié pronunció un discurso político tan vehemente que hizo protestar de las palabras del orador al Prefecto del departamento (Bouches-du-Rhône) y hubo gritos y vivas y aclamaciones y aplausos.

Ese detalle demuestra la influencia inmensa que desgraciadamente ejerce en todo la política. El orador de una Corporación provincial, que se dice en España, departamental en Francia, en lugar de concretarse á discutir acerca de las cuestiones de interés de la provincia ó del departamento no puede sustraerse á la influencia de la política y prorrumpe en consideraciones y apreciaciones extemporáneas en aquella ocasion.

En algunos otros departamentos ha habido manifestaciones de carácter político, y si bien en los más con sano criterio y penetrándose las Corporaciones deliberantes de su principal mision, se ha discutido acerca del establecimiento de un observatorio meteorológico, ó de la creacion de una gran biblioteca, de la construccion de nuevas líneas férreas ó de incompatibilidad para el ejercicio de ciertos cargos, de esas discusiones que dan provechoso y fructífero resultado; en algunos, en varios distritos, los gritos del pueblo han evidenciado que el malestar es grande, que si en muchos departamentos las discusiones de los Consejos han sido tranquilas y reposadas; síntoma de descontento es que ya algunas personas se determinan á proferir ciertas indicaciones.

Cerrado el Parlamento, las discusiones que se han producido en la comisión permanente de la Asamblea de Versalles no tuvieron gran importancia, y en cuanto á la situacion del Gobierno, el des-

contento del país es cada dia mayor, y acaso este contribuyó á originar una crisis en el seno del Gabinete del duque de Decazes.

Los Gobiernos de conciliacion inspiran verdadera confianza, alardean de gran prestigio y manifiestan cuantiosa abnegacion personal, y hasta ofrecer suelen gran resultado, cuando los individuos que los componen tienen verdadero patriotismo; pero difícil es que los encontrados intereses, las opuestas ideas y las diversas tendencias y aspiraciones de individuos que opinan de diverso modo en importantísimos asuntos, conformen al fin siempre sus ideas y propósitos.

Republicanos y legitimistas en un mismo Gobierno es uno de esos fenómenos que sólo se explican por una fórmula que por sobrado humorística no me atreveré á estampar aquí. Lector habrá que la adivine fácilmente, y más si se observa la frecuencia con que de ciertas candidaturas monárquicas se ocupa la prensa de la Nacion vecina.

Esto ha producido una circular que parece fué la causa eficiente de la crisis en el seno del Gabinete Decazes, y cuyo documento ya corregido y compuesto al fin por el Ministro guarda-sellos por M. Depeire, monárquico decidido, legitimista, resolvió pacíficamente la crisis que el mismo Ministro de Justicia y su colega M. de Larcy promovian con motivo de las exigencias de sus compañeros en contra de la prensa tradicionalista.

En dicha circular se han asentado proposiciones que demuestran que el Setenado prevalece, si no toma fuerza, y que en él se ha de perseverar, por más ó menos prestigio que tenga.

¡Qué perjudiciales son á las Naciones las interinidades y lo provisional!

En Inglaterra la discusion y aprobacion de presupuestos se realiza sin acalorados debates, y lo más importante que de allí se nos dice es el aumento considerable que á las escuadras británicas, ya tan potentes ántes y ahora se piensa dar.

Sin duda el Gabinete Russell, al hacer construir en Chatham, Povtsmouth y otros arsenales de construccion grandes buques blindados, alguno de nuevo modelo, y disponer la inmediata de diferentes embarcaciones menores más, no quiere desdecir de los preparativos guerreros advertidos en diversas Naciones del continente europeo, ni que se diga que mientras Prusia obtiene la aprobacion de leyes militares que aumentan el efectivo de un ejército, Francia fortifica á Paris, Bélgica refuerza su contingente militar, Suiza renueva sus cañones y votan las Cámaras de Holanda los recursos necesarios para la construccion de grandes fortificaciones en Amsterdam, Rotterdam y otras principales ciudades de los Países-Bajos, Inglaterra permanece inactiva en la tarea de precaverse para posibles eventualidades.

Las protestas en favor de la paz se renuevan cada dia, lo mismo en Berlin que en Roma, en Austria que en Rusia; pero la verdad es que en todas partes se hacen preparativos, sin duda para seguir el ejemplo del emperador Guillermo que dice que el mejor modo de



mantener la paz europea es aumentar los medios de defensa—que lo son también de ataque al propio tiempo, si no nos equivocamos.

Y comprendiéndolo sin duda así, ó bien acaso para evitar una ruptura entre el Parlamento alemán y el Gobierno del emperador, ha aprobado ya el Reichstag el efectivo militar pedido, sin admitir al fin ninguna, ni una de las enmiendas oposicionistas presentadas á la deliberación de la Cámara donde el feld-mariscal Moltke ha sido quien por la enfermedad del príncipe de Bismarck ha llevado todo el peso de la discusión.

* *

La nueva demarcación de las diócesis de Metz, Nancy, Saint-Dié y Strasburgo hubiera podido ofrecer dificultades si Francia no se hubiera prestado á seguir ella sola en Roma las necesarias negociaciones cerca de la Santa Sede, que hacen precisa la anexión de la Alsacia y Lorena á Alemania que cortó aquellas diócesis de modo, que la jurisdicción episcopal, se viene ejerciendo en parte del respectivo territorio extranjero; y si bien la Santa Sede presentaba algunas dificultades para dar su consentimiento á la división, al decir de algunos diarios, otros como *The Times*, por lo general bien informado en las cuestiones internacionales daban, por resueltas, días há, las dificultades en Roma formuladas

* *

La discusión de los presupuestos seguía también en Italia en la séptima quincena, donde el ministro Minghetti, para compensar á la opinión del disgusto causado por la circulación fiduciaria forzosa presenta unos presupuestos muy aceptables, bajo el punto de vista de la nivelación, ó al menos de disminución del déficit.

La discusión debe ser larga, pues son muchos los oradores que quieren combatir los recursos ó la forma de exacción propuesta por el ministro de Hacienda, que pide impuesto sobre las construcciones, sobre el registro, renta de tabacos fabricaciones, trasportes y otras varias modificaciones, cuyo exámen seguirá en la Cámara al de la organización del Jurado acerca del ejercicio de ciertas profesiones que ocupó al italiano Parlamento.

* *

Lo más importante que la prensa de Europa registra también, es la revisión de la Constitución federal suiza. Aceptada desde luego, por la mayor parte de los cantones helvéticos en un sentido altamente conservador, deber nuestro es hacernos cargo de esa tendencia que en un país regido largo tiempo por sistema republicano, se inicia ya en el sentido que consolida las instituciones y afianza el prestigio de las Naciones.

El doble de los cantones próximamente, ha aceptado, desde luego, la solución plebiscitaria, contándose entre ellos, casi todos los más importantes como la capitalidad de Zurich y Basilea, Berna, Ginebra, Neuchâtel, Soleura, Tessino y otros varios. Entre los que rechazaban la idea, se cuentan los de Friburgo y Lucerna y es digno de notarse, que en las elecciones para renovación de los Consejos, que al propio tiempo que la votación para la revisión del pacto fundamental de la república Suiza, tenían lugar en alguno de los cantones, los conservadores no han reunido mucho menor número de sufragios que los liberales, y el resultado final favorece en un doble de votos á la tendencia conservadora.

Que la República helvética se decida á la revisión de su pacto fundamental, que para la reforma constitucional ganen terreno las tendencias conservadoras, y que sus representantes vayan obteniendo mayor número de sufragios que en otras ocasiones; son síntomas que no deban pasar inadvertidos y sin celebrarse por las personas significadas en el propio sentido que en la república Suiza se acentúa claramente.

Las últimas noticias de América no ofrecen gran interés. La revolución estallada en el Paraguay había terminado con aplauso también de las clases conservadoras por pertenecer á las mismas hoy el nuevo Gobierno compuesto en la forma siguiente:

Salvador Jovellanos, vicepresidente de la República encargado del Poder ejecutivo; el general Caballero ministro de lo Interior; el general Serrano de Guerra y Marina; Juan B. Gill de Hacienda;

Cándido Barreiro, de Negocios extranjeros; Francisco Soteras, de Justicia, Instrucción pública y Cultos.

En Mayo próximo deben tener lugar nuevas elecciones generales.

* *

Veamos cuál es ya la situación política de España.

La misma, exactamente la misma situación que al finalizar nuestra última Revista, en el Norte de la Península.

¡No! de entonces á hoy contamos con algunos hermanos de ménos.

El periódico oficial, como las noticias y correspondencias publicadas por los diarios particulares, no ha suministrado sino pormenores de hechos de armas atrasados, de movimiento de tropas acerca de la formación del cuerpo del ejército comandado por el capitán general Concha, y respecto á los cambios atmosféricos que ya protegen ó al menos no dificultan las operaciones por mar y por tierra.

Varias veces ha corrido el rumor de que las hostilidades continuadas lenta y friamente se habían roto con calor, pero hoy, á la hora avanzada en que escribo, nada confirma con certeza la versión.

Paralizadas, ó poco ménos, las operaciones militares en el Norte, y buscando noticias importantes respecto al movimiento carlista, en el resto de la Península de ningún lado se reciben en términos de favorecer gran cosa la causa del nuevo Pretendiente.

Ya es la facción Santés la que ocupa á las tropas del Gobierno en la Alcarria, ya la de Vallés la que allí mismo las hace perseguirle diligentes, ya en Cataluña continúan los carlistas correteando por villas y lugares, ya es en Galicia donde alguna otra partida se levanta, pero ni el movimiento se acrecenta, ni la causa adquiere mayor número de prosélitos, ni la actitud expectante del Gobierno desarrolla nuevos gérmenes de insurrección. La atención está fija en el Norte, y mientras allí las tropas liberales no libren un ataque decisivo contra los atrincheramientos carlistas; mientras que Bilbao no se vea exento de temores,—hoy todavía nada más que temores—por las penosas contingencias de un prolongado sitio; ni el carlismo progresa, ni el Gobierno adquiere mayor prestigio ante la opinión pública.

Si el retrasar el ataque asegura la victoria á quien la sepa ganar mejor, no seremos nosotros parte á censurarlo.

Por hoy, después de un mes de esperar, sólo nos corresponde seguir esperando el desenlace que al parecer se prepara y aun se aproxima al decir de algunos, inmediatamente.

Respecto al movimiento político interior, podemos evidenciar la división absoluta que reina entre los campeones del federalismo. Mientras uno de ellos publica un folleto en defensa propia, otro, el cantor florido y poético de la democracia, publica una carta en dos de los periódicos más autorizados, y uno de ellos el más antiguo del partido republicano, *La Discusión*, carta en la cual se censuran las mismas teorías que en el folleto del ex-correligionario se defienden.

Los ex-presidentes de las Cortes, Salmerón y Figueras, no hacen coro ni á Castelar ni á Pí, y aun se supone divorciado por ideas de ambos al primero de aquellos.

Tales desavenencias entre los elementos que más podían preocupar al Gobierno, atestiguan de que la oposición federal es hoy impotente aun para algunas correrías de que hubo últimamente conatos en algún punto de España.

Las aventuras están ya juzgadas: las locuras castigadas—por desgracia á costa de algunos inocentes—y España ansiando sólo calma, reposo y sosiego y tranquilidad que tanto há menester para colocarse al nivel de Nación civilizada del que la hacen descender las malquerencias de sus hombres influyentes y las miserias y errores de luchas pequeñas é intestinas, espera anhelante la terminación de la guerra civil primero, y después la consolidación de un orden de cosas estable, duradero y con garantía suficiente para los intereses conservadores de la Nación.

Eso ambiciona la España liberal: eso mismo pretende la España conservadora.

EDUARDO DE CORTÁZAR.

REVISTA DE ARTES Y LETRAS CONTEMPORÁNEAS.

Importancia de los estudios científicos.—Cuáles merecen anatema y cuáles loa.—Investigaciones geográficas.—Sobre el cólera.—Otros estudios contemporáneos interesantes.—La alimentación infantil en varios establecimientos.—Publicaciones.—Un libro de M. Girardin.—Sonetos de Arsene Houssaye.—Dos palabras sobre teatros.—Ni en Lisboa, ni en París, ni en Madrid.—Un cuadro de actualidad.—Otros de Rosales y de Sans.

El desarrollo creciente que adquiere todo movimiento de intelectualidad, no sólo en las esferas del arte y de la literatura, sino en los estudios propios de las profesionales ciencias, exige que en estas Revistas nos ocupemos también, con la atención que merecen, de las abstrusas manifestaciones científicas.

A medida que las sociedades y los pueblos avanzan en la senda de los adelantos, en el camino de los descubrimientos, la necesidad de conocerlos y de estudiarlos, cuando ménos de tener noticia de ellos y verlos razonablemente comentados, se compenetra en los entendimientos estudiosos y aplicados; y de esa necesidad viva, latente, palpitante y de actualidad, nace la avidez, el deseo de abarcar más anchos horizontes, de extender la irradiación ingénita de la mirada á más elevadas regiones, de pedir más luz á la inteligencia, mayor comprensibilidad en el espíritu analítico del sér y nuevas palestras de combates y número más crecido de armas con que combatir en la arena del estudio y del trabajo imaginativo.

Deber nuestro es, por tanto, acudir con noticias cuya importancia sea evidente, y con observaciones cuya oportunidad hemos de procurar con atento cuidado; á satisfacer el deseo de quien en estos escritos busque el pormenor de las cuestiones de actualidad que las ciencias antiguas y modernas vienen suscitando con repetición.

Tarea no desprovista de dificultades sería la que emprendemos, que en España es muy relativa la perfección y progresión de científicas labores, si hubiera de circunscribirse nuestro cargo á estudios, trabajos, productos y producciones españolas; mas á otros países, como Alemania, donde la ciencia filosófica se ha elevado á las más infinitesimales disquisiciones, ó Inglaterra, cuya abundancia de centros científicos suministra cosecha abundosa de noticias que comentar, ó Francia, donde la solicitud de las sábias corporaciones, para facilitar el estudio y fomentar la emulación, convierte más fácilmente en doctos á los aplicados que no en las Naciones donde la lucha política absorbe tanto la atención, rinde las fuerzas, excita

las pasiones livianas y apaga los destellos vivísimos, del talento del genio y de la fantasía; á esos países, decía, á esos otros países y á cuantos presenten objeto ó proposición digna de exámen, vamos á buscar lo que aquí falta para dar toda la posible variedad á estas Revistas.

Lo que digno de recomendación sea como esfuerzos particulares para enriquecer el caudal de nuestros conocimientos útiles, y ciertamente provechosos, tendrá, como siempre ha tenido, la aprobación de nuestra parte; aquello que en las modernas luchas del espiritismo contra la grosera doctrina material tienda á sobreponer la idea del sér creado sobre la del Sér Creador, cuanto en racionalistas suposiciones engendradas en ateas creencias se apoye, no hallará tampoco ni nuestra aprobación, ni siquiera nuestro asentimiento.

El propósito más digno, noble y recto de la crítica moderna es combatir las cruelmente destructoras tendencias de la filosofía naturalista; la empresa en que la crítica moderna ha de poner mayor cuidado, es contrarrestar las corrientes de impiedad que algunos modernos estudios infiltran á modo de ductil y penetrantísima virus ponzoñosa que vicia y corrompe la sangre hasta su completa putrefacción, en las imaginaciones juveniles, que dejan inconscientemente pervertírselas porque no aprendieron á adquirir otras mejores nociones del bien.

¡Ah! ¡la filosofía contemporánea! ¡el racionalismo! ¡la materia! el sér preexistente y material en el sér humano, á semejanza divina creado, ¿qué son? ¿qué son más que extravíos de la imaginación acalenturada, sedienta de poderío inacabable? ¿qué son sino soberbia del hombre que, incapacitado para crear otra cosa que obras meritorias como humanas, pero infinitamente pequeñísimas comparadas con la grandeza de las creaciones del arte natural, y convencido de su

propia insignificancia quiere y no puede, y habla á los ignorantes el lenguaje de los locos para seducirlos y atraerlos?

Otras, otras son las ciencias en las que el progreso es precioso y el adelanto útil y el mejoramiento seguro. Y para ellas, sí, serán toda nuestra simpatía, el más leal aplauso y los elogios cumplidísimos que sepan ganar por loables empresas y con justas realizaciones.

Las reformas de Calvino y de Lutero no son ménos perjudiciales que las de Krausse y Sanz del Río; los descubrimientos de Colón y de Newton son á las ciencias geográficas y físicas lo que á las artísticas y literarias los lienzos de Murillo y los escritos de Cervantes.

¡¡Censura para las anti-cristianas elucubraciones!! ¡¡Llor á los descubrimientos útiles y á las bellas creaciones de la fecunda fantasía!!

* *

Entre los trabajos científicos contemporáneos, es de los más importantes el que está llevándose á cabo á bordo del *Challenger*, y que ocupa la atención de los ilustrados en geográficas investigaciones. Ninguna de las expediciones de su índole verificadas ya en averiguación de profundidades marítimas, temperatura del agua, en superficie y fondo, ni de otras circunstancias propias de la física marítima, ha llegado á tener la importancia que la que Mr. Wyville Thompson está llevando á término desde su salida de Portsmouth en Diciembre de 1872 á hoy, con resultados satisfactorios, porque ni aún la verificada bajo el patronato ó concurso del almirantazgo inglés en 1868, y después á bordo del *Lughthing* y otros buques ibritánicos, y acaso la más importante de las exploraciones de estos tiempos, llegó á revestir caracteres de la significación que los presentados ya con relación al extenso viaje del *Challenger*.

Desde que en 1847 Mr. Pouillet ofrecía el producto de sus estudios acerca de la temperatura de las aguas según las corrientes de los trópicos hacia los polos, y las de éstos al centro ecuatorial hacían alterarla, á hoy, que las informaciones de un oficial del *Challenger*, el capitán Nares, confirman las observaciones de Pouillet, el adelanto grande, porque en ciertas materias la confirmación de proposiciones emitidas, adorna á éstas del sello distintivo de autoridad de que carecen en su primer aparición ante la crítica sapientísima.

La Academia de Ciencias de París presta atención á tareas de no menor importancia y en la de Medicina se discute ampliamente acerca de la tan debatida cuestión del origen del cólera, de cuya naturaleza endémica ó epidémica y propagación especial se había venido ocupando aquella sábia corporación por iniciativa de monsieur Jules Guérin, en opinión del cual el dominio que ya en muchos casos se ejerce no es porque la plaga retroceda, sino porque la medicina avanza.

Consoladora es la idea, porque es una de las enfermedades el cólera, en las que está reconocido como un medio de combatir su intensidad en ciertos casos concretos, tan eficaces como los mismos tratamientos aconsejados por la terapéutica moderna, tranquilidad y confianza en la bondad de la medicación.

* *

Y ya que de combate contra plagas destructoras trato, no dejaremos de mencionar medios empleados por MM. J. Fries y Rommier, contra los insectos perjudiciales á la vegetación y florecimientos de las plantas. Regar abundantemente el suelo durante el otoño con agua amoniacal procedente de ciertas alcantarillas, es sistema empleado con buen éxito en un jardín de Munster y la aplicación del álcali extraído de la brea de hulla es el que insiste en recomendar M. Rommier mejor aún que otros tenidos por monsieur Thénard, Monertier y Léauteau (de Montpellier) como los más eficaces.

* *

Los estudios del P. Sechi acerca de la temperatura del sol; las investigaciones químicas que para fijar la cantidad, naturaleza y procedencia de las diminutas sustancias térreas contenidas continuamente en la atmósfera hace en París M. Tissandier; el nuevo proyecto de estudios meteorológicos y fisiológicos que se propone hacer el aereonauta M. Croce-Spinelli desde su globo *La estrella polar*; el descubrimiento de la planta brasileña el *jaborandi*, cuyas propiedades diaforéticas llaman la atención de los profesores de la ciencia de curar, tanto en Río-Janeiro donde el facultativo Couhti-

no ha dado á conocer al citado vegetal, como en diversos puntos más; y otros varios asuntos que empeñan el ánimo de geólogos y médicos, químicos y físicos, podrian ser aún comentados en esta Revista á disponer de más espacio.

De uno, sin embargo trataremos ligeramente por la indispensable importancia que tiene: me refiero á la alimentacion de los recién-nacidos.

Sabida es la grande influencia que ejerce en el desarrollo de las criaturas el sistema de nutrición que con ellas se emplea; y comprendiéndolo así lo mismo en los establecimientos de maternidad y de misericordia de Berlín y de Viena, que en los de San Petersburgo y Copenhague, en Nueva-York como en Melbourne, se emplea con gran aceptación un compuesto de pan, leche y azúcar, debido al químico de Vevey M. Nestlé, para la alimentación infantil.

Pesando á los niños alimentados con tal harina cada cierto número de días, se ha advertido la diferencia de su peso muy proporcionado al obtenido por la alimentación femenil; y aunque algun profesor como M. Devilliers rechaza como nocivas toda clase de sustancias alimenticias que no sea la leche de mujer, los defensores de la alimentación artificial añaden que teniendo cuidado en asimilar los compuestos en todo lo posible al alimento natural, tanto en distribución proporcional de los ingredientes, como en su calidad excelente y preparación preliminar precisa de algunos cual el pan, etcétera, se obtienen eficacísimos resultados y hasta se libra á la niñez de enfermedades adquiridas en el pecho ya sea maternal, ya adoptivo. El asunto merece estudiarse.

La edición de obras especiales y Revistas científicas generaliza conocimientos, reservados, sin esa forma de publicidad, á los entendidos en determinadas materias, más apartadas del dominio público que lo que conviniera; y por tal motivo deben celebrarse las empresas que con tan laudables fines se acometen.

Hoy nos ha correspondido á nosotros suministrar noticias de esas que á todos lados quisiéramos hacer llegar, porque á todos interesa, y ya no quedará por hoy gran lugar para tratar de artes y letras con la amplitud aún sin embargo relativa que en las Revistas anteriores.

Bien mirado, no llegan hoy á nuestras manos ni trabajos literarios de importancia, ni tenemos noticia de notables producciones dramáticas, ni son muchas las obras de arte que hayamos examinado con delectación.

El libro que M. Emile de Girardin ha publicado recientemente, y que por ser suyo tendría ya mérito relevante, es de política, y esto amengua su atractivo.

El libro de un hombre de talento es una joya de oro y pedrería; pero cuando trata de política es una joya falsa, ó á lo más puede ostentar alguna rica piedra, más engarzada seguramente en ensuciador *double*.

Sobre elecciones, voto acumulado ó con separación, circunscripciones, calidades de los héroes y demás puntos propios de una obra parlanchinista, digo parlamentaria, diserta el celebrado crítico y periodista francés con gran contentamiento de sus admiradores.

Más admirable es, en mi concepto, un libro donde se recopilan ciento y un sonetos, es decir, ciento y una composiciones de las de más difícil metrificación y aderezo y compostura.

En sus cien y un sonetos ha sabido y podido ofrecer Arsene Houssaye lectura para todos los gustos, desde el serio hasta el cómico, incluyendo así escritos de los que hacen parar la imaginación á detenerse á pensar filosofando, como los que producen la satisfacción manifestada en risas alegres y joviales.

De poder ser, copiaría alguno de los mejores sonetos. Me limitaré, en la imposibilidad, á celebrar como modelos *Anfitrite*, al que Houssaye califica de fresco antiguo; *Eva*, de cuadro bíblico, y alguno más no menos acreedor de mención honorífica.

Nada muy merecedor de grandes elogios en los teatros de que tengo noticia y pormenores.

Ni *Os campinos* del joven Salvador Marqués, ni *Homens é feras*, otra producción regular de César de Lacerda, han tenido en Lisboa grandes éxitos ni plácemes extraordinarios de la prensa; ni *La belle bourbonnesse* hará muy larga estancia en la escena parisiense de «Folies-Dramatiques»; ni *Colin-Tampon*, farsa del género de *Janot chez les sauvages* del antiguo teatro francés ó del *Robinson* españolizado, ha alcanzado mucha mayor fortuna, y *La lettre rouge* de Marc Fournier y Jules Lermine, del «Ambigu-Cómico», es comedia por igual ensalzada que censurada.

De donde se deduce que en el extranjero como en Madrid no puede hoy tratarse de ninguna novedad notabilísima, pues en Madrid, después de unos juguetillos líricos, el mejor de los cuales es por su gracejo, chistes y apropiada música del maestro Barbieri, *El domador de fieras*, de Ramos Carrion y Campo-Arana, el único estreno habido es el de la última obra del Sr. Blasco, que con el título de *El anzuelo* hemos visto en el teatro de Apolo, y esta producción tampoco pasa de ser otro juguete chistoso, ocurrencia y lleno de ligereza, mas no una comedia seriamente meditada.

Poco, muy poco podré ya decir de artes: mencionar unas obras nuevas, y nada más.

A la que debo consagrar recuerdo y galardón, es al lienzo destinado á la Exposición anual de París por el artista francés Alphonse de Neuville.

Es un cuadro de verdadera actualidad en la desdichada España.

Un combate sobre el camino de hierro: los rails están levantados y esparcidos, partidos los postes del telégrafo y cortados los hilos que flotan en el aire, caídos los más; la obra del progreso científico moderno destruida toda ella por la bárbara progresión de la lucha entre hombres.

Bárbara era la lucha personal de los gladiadores, pero más lo es el rudo combate de los ejércitos.

Elogiado grandemente el cuadro debido al autor de *Les dernières Cartouches*, también he de encomiar el mérito de otros lienzos debidos á Sans.

Son estos los dos evangelistas que ha terminado últimamente para la iglesia en recomposición de Santo Tomás, y que con los dos que dejó pintados el desdichado Rosales serán imperecedero motivo de renombre para el autor del *Testamento de Isabel la Católica* y para el actual Director del gran y envidiable Museo de pinturas del Prado.

Sans ha terminado también un excelente retrato de su compañero de artes ya citado, y otro del eleuente orador D. Antonio de los Ríos y Rosas: el primero para el Ateneo Científico y Literario de Madrid, el segundo para la galería de los presidentes de Congreso que en el edificio de la Plaza de las Cortes existe.

Ambas son obras de arte merecedoras del encomio de la crítica justa, recta é imparcial, pero aún en el de Ríos Rosas se advierten detalles de color más atractivos que en el del desventurado pintor madrileño.

EL BARON DE PRIVEL.

28 de Abril.

LA FRANCE EN PRÉSENCE DU GERMANISME.

I.

INVICTA CECIDIT:

Aux âges de foi naïve, où les vertus chevaleresques n'étaient pas un mensonge, alors que toute cause sainte rencontrait d'illustres dévouements; à cette époque d'anarchie où les peuples n'avaient, pour agir de concert, d'autre lien qu'une même croyance, d'autre flambeau qui les guidât à travers les ténèbres sociales que le Christianisme, on vit, spectacle unique dans l'histoire et qui fera l'admiration de tous les siècles, on vit les peuples de la Chrétienté, mus par une pensée sublime, oublier leurs querelles intestines, sans distinction de castes s'enrôler sous un même étendard et s'élancer comme un seul homme vers une contrée de l'Orient. Et pourtant ces héros croisés qui parvinrent, grâce à leur indomptable persévérance,

rance et au prix de sacrifices immenses, dont l'histoire nie les résultats; ces hommes croyants qui parvinrent à soustraire à des mains impies un tombeau, résumé de leur foi et de leurs espérances, menacés ni dans leur existence morale ni politique, n'obéissaient qu'aux élans de leur foi.

Depuis les temps ont marché. Et, tandis qu'à l'ombre du Christianisme ces nations grandissant voyaient se développer les germes d'une civilisation plus parfaite, un peuple naissait à leurs frontières qui, après avoir affligé la Chrétienté par son apostasie, désolé l'Europe par ses guerres envenimées, devait s'abattre sur ces mêmes nations comme un fléau du ciel.

Ce fléau, mûri par le temps, il est aujourd'hui suspendu sur nos têtes. Ce danger plus terrible que l'invasion des barbares, car il ne se combat pas seulement par les armes, appelle à une croisade d'un nouveau genre tous les nobles cœurs de ces nations, sœurs solidaires à tant de titres divers. Déjà de nombreux et pressants appels ont retenti dans le monde Latin. Combien y ont répondu? Seraient-ils à jamais disparus ces âges où les dissidences se taisaient, où dans un élan spontané se confondaient tous les membres d'une société, d'ailleurs mal organisée, pour conjurer un danger commun? Serions-nous indignes de nos pères, avons-nous dégénéré?

Il faut bien le reconnaître: la crise passée, nous déposons les armes, nous nous énervons dans la paix. Favorisés par nos vaines disputes les levains de division, lentement mais sûrement inoculés par nos ennemis, ont porté leurs fruits. Peu à peu le scepticisme a miné nos convictions; l'indifférence, qui demeure impassible devant l'erreur comme en face de la vérité, paralyse les volontés; enfin le matérialisme, conséquence fatale de ces doctrines, finit par substituer à l'esprit qui conçoit et agit le culte des sens et l'amour du bien-être. Il est aussi des âmes timorées qui courbent le front devant la force brutale, se laissent halluciner par les apparences d'une civilisation dont ils ne perçoivent que les effets matériels: Ils veulent bien demeurer fidèles à leur patrie, tant qu'ils la voient forte; au jour du malheur, prêts à l'abandonner, ils ne savent à qui vouer leur adhésion, si au vainqueur ou au vaincu. La pusillanimité rend ces hommes aussi dangereux que nos ennemis mêmes.

Devons-nous donc renoncer à tout espoir de salut? Ne se trouvera-t-il pas des hommes fidèles pour nous consoler de tant de défections? Heureusement les nations latines comptent encore de ces hommes inébranlables dans leurs convictions, obscurs mais vaillants champions d'une noble cause. A l'exemple des prêtres antiques, ils entretiennent le feu sacré de la saine science, conservent intact de tout mélange et enrichissent le dépôt de nos traditions. A ces hommes de foi et d'action nous confions le succès de la croisade entreprise au nom de la civilisation latine contre la barbarie civilisée de la Germanie. Ils connaissent à fond l'ennemi qui attaque, parce qu'ils ont épié ses progrès, étudié les moyens dont il dispose, prévu ce que son ambition prétend opérer.

Ayons le courage de ne point nous dissimuler l'imminence du danger. La marée montante du Germanisme menace d'engloutir la civilisation latine. L'Allemagne ne prétend rien moins que renverser le majestueux édifice des conquêtes morales, élevées par la suite des siècles sur la base inébranlable du Christianisme, faire disparaître ces institutions sans nombre qui, comme d'un tronc à la sève puissante, ont fleuri sur son sein. Et cette nation, notre ennemi juré à tant de titres, a froidement calculé ses moyens de destruction: Elle veut que la ruine soit irréparable, aussi commence-t-elle par saper le Christianisme, base de l'édifice. Insensée, à l'instar de ses devancières qui osèrent se bercer de la même illusion, elle périra à l'œuvre ou se brisera contre ce roc. Toujours guidée par son génie du mal, elle s'est dit que pour blesser à mort ce grand corps, qui, jusqu'à ce jour, avait subsisté par l'harmonieux ensemble des nations latines, elle devait de préférence diriger ses coups sur celle qui en est le cœur et l'âme.

Car il est une Nation, illustre entre toutes les nations qui ont fleuri sous le Ciel, à qui la Providence a confié de sublimes destinées. Comme le peuple hébreu sous l'ancienne loi, Dieu semble l'avoir faite dans la nouvelle son peuple de prédilection. Ceinte de la triple couronne de défenseur de la foi, de martyr et de docteur, elle l'emporte sur le peuple de Dieu qui, préposé seulement à la garde du culte de Jéhovah, n'eut pas comme elle l'auguste préro-

gative de confesser et de développer aux peuples une loi aussi parfaite. Héritière de la civilisation antique, qu'elle allait épurer au creuset de la philosophie évangélique, elle eut la gloire de l'abriter durant la crise du moyen-âge sous l'aile propice de ses monastères, jusqu'au jour où rajeunie par son propre génie elle devait briller féconde et glorieuse.

C'est alors que des hommes prodigieux jettent les premiers fondements des sciences et de la pensée; les docteurs, étonnent le monde par la sublimité de leur enseignement et l'étendue de leur savoir, les lettres prennent leur essor, et sous leur merveilleuse influence, les arts, en adoucissant les mœurs, font disparaître les derniers vestiges de la barbarie. Enfin se lève ce siècle, grand entre tous les siècles, par les hommes qu'il a produits, tel au front duquel brillent de leur plus vif éclat toutes les connaissances humaines; la postérité a consacré le titre d'immortel que lui avait décerné l'admiration des hommes. Sûre de son génie, à la double lumière de l'observation et de l'analyse elle s'élance intrépide dans un champ d'investigations nouvelles, destinées à reculer les limites de la science et du raisonnement. Rien dès lors n'est capable d'arrêter cet aigle dans son vol audacieux: si haut il posa son aire que toutes les nations le contemplèrent avec respect. Une grande et nouvelle mission était dès lors assignée à la reine des nations latines, à la France.

Guerrière au moyen-âge (car si elle dicte des lois au monde, toujours elle régna par l'épée), son esprit belliqueux comme sa situation exceptionnelle semblaient l'avoir destinée à contenir de nouvelles tentatives d'invasion et à contrebalancer, par l'ascendant de ses armes, le choc inévitable des états, alors en formation. A peine s'asseyait-elle à son tour comme nation, que les germes renfermés dans son sein, mais jusqu'alors inertes, se développent avec une merveilleuse rapidité. Si ses sœurs voisines devancèrent la France dans la voie du progrès, la transformation morale de celle-ci, quoique tardive, fut plus brillante et plus stable. Comme corps plus parfait, elle mit plus de temps à s'organiser; son enfantement fut plus laborieux, mais elle enfanta des prodiges. Ainsi, après avoir servi, dans son rôle providentiel, de boulevard à la Chrétienté, elle devait plus tard, sentinelle avancée de la civilisation, conduire les nations latines à des conquêtes nouvelles. Centre lumineux, la France éclaire le monde; âme de ce grand corps, elle lui communique la vie. Si parfois elle attriste par ses égarements, c'est aussi dans son sein que prennent naissance ces idées fécondes qui créent ou régénèrent. Chaque fois que le géant se meut, soit pour le bien soit pour le mal, il ébranle ou relève les nations.

A peine remise des dernières secousses de cette crise qui faillit être suprême, et que les politiques appellent la révolution, la France s'occupait à faire revivre son passé glorieux. Mais un jour, jour à jamais déplorable! victime d'une politique menteuse, égarée peut-être par une confiance exagérée dans ses forces, elle vit s'abattre sur elle un désastre qui, la couvrant de deuil, parut menacer son existence. La chute fut grande, car elle était montée bien haut. Ivres de leur triomphe, ses ennemis entonnaient déjà son chant de mort. Les envieux de sa gloire et ces esprits pusillanimes qui manquent de foi en l'avenir, se faisant l'écho de lugubres prédictions, osaient affirmer que le prestige moral de la France était mort. Quel ne fut pas leur étonnement lorsqu'ils la virent se relever sur ses ruines encore fumantes, altière et comme rajeunie. Le fol orgueil de nos ennemis s'imaginait avoir dompté celle qui n'était que tombée. Comme toujours, au lendemain de ses plus terribles désastres elle s'était retrempee dans son malheur. Ainsi, après les déchirements de la tempête, le Ciel semble plus pur, la nature plus belle. De quelle force vitale, supérieure à tous les désastres, ne sera pas douée cette nation mystérieuse qui tire des éléments de vie ce qui donne la mort à d'autres? C'est que ses destinées sont immortelles. Sur son front, comme au front de ses sœurs, brille le symbole divin du Calvaire, palladium de son existence, garant de sa victoire définitive: *In hoc signo vinces.*

B. LEFRANC.

Madrid, 27 Avril, 1874.

(La suite au prochain numéro.)

LETTRES

A UN MEMBRE DE L'ACADÉMIE DE SAINTE-CROIX

sur les études qui peuvent convenir aux
loisirs d'un homme du monde.

SIXIÈME LETTRE.

LE MAUVAIS GOUT LITTÉRAIRE.

MON CHER AMI :

S'il y a une chose dont je suis certain lorsque je vous conseille, comme je l'ai fait, les grands auteurs et la grande littérature, c'est que là se trouve la vraie et sure école du goût; c'est que rien n'est meilleur pour conserver épurer fortifier en vous l'amour du beau, et pour élever votre âme tout entière en élevant votre esprit.

Mais en dehors de ces auteurs, que je n'appelle pas anciens, que j'appelle immortels, je vois dans cette partie de la littérature contemporaine qui vous entoure et qui vous sollicite le plus, deux autres genres d'auteurs que j'appellerai, les uns simplement frivoles, et les autres dangereux, bien qu'au fond la frivolité et le danger soient dans les uns comme dans les autres.

Je dirai peu de chose des premiers. Oui, laissons de côté ce que je pourrais nommer la menue littérature, ces petits écrits, légers et vides, ces journaux, ces revues hebdomadaires ou mensuelles, ces petits volumes au format élégant et gracieux; vers ou prose, productions en général absolument creuses, où il n'y a rien ni pour l'esprit, ni pour le cœur, ni pour l'âme; ni pensée, ni style, ni beautés, ni enseignement d'aucune nature, et dont le moindre défaut, souvent, est ce vide et cette nullité absolue.

Je plains fort les jeunes filles et les femmes du monde dont c'est là l'habitude, et quelquefois l'unique lecture: je me demande ce qui peut rester de tout cela dans une tête, si ce n'est une légèreté, une frivolité, dont tout dans la vie portera plus ou moins l'empreinte. Du moins je ne veux pas supposer que des hommes tant soit peu sérieux puissent longtemps, s'arrêter à ces vains écrits, qui trompent et amusent, qui creusent et affament, et laissent croire qu'on s'est occupé, qu'on a fait quelque chose, quand on a perdu son temps de la façon la plus complète et la plus certaine.

Ce n'est pas que, censeur sévère et morose, je ne permette aucune lecture simplement amusante, aucune distraction d'esprit, et ne conçoive rien en dehors d'une étude grave et austère. Mais autre chose est une lecture en passant, autre chose une lecture habituelle: et là même, dans ce relâche qu'on peut s'accorder de temps à autre, j'estime qu'il faudrait encore choisir, et je ne confonds pas du tout un ouvrage spirituel, gracieux, délicat, avec les écrits vides et pauvres, et toute la menue littérature dont j'ai parlé. Mais laissons cela.

Il y a une littérature plus séduisante et qui a aussi des visées plus hautes; qui fait des drames, des romans, des poèmes, de l'histoire, de la philosophie, de l'art enfin; qui a ses théories et sa critique; qui se croit et se dit la vraie, la grande littérature, et professe des principes tout opposés à ceux de la littérature classique, pour laquelle elle n'a que d'amers dédains. C'est contre elle, mon cher ami, que je voudrais vous prémunir.

La plus grande séduction, pour une foule d'esprits, c'est précisément ce qui fait sa fondamentale erreur, ce qui la fausse radicalement, et constitue les dangers littéraires, moraux et religieux que j'ai à vous dénoncer. Mais aujourd'hui, si vous le voulez bien, nous ne quitterons pas le terrain purement littéraire. •

Cette littérature s'est vantée d'être la littérature de l'imagination et de la sensibilité. Ses partisans ont proclamé — et c'est là l'erreur capitale, source de tous les vices que je vais signaler — que la raison, bonne ailleurs, reine ailleurs, devait dans les Lettres, froide et sèche comme ils la disent, céder le pas aux facultés brillantes et ardentes, qui seules, selon eux, peuvent plaire et charmer.

Il y a un poète qu'on avait appelé, et qui est en effet le poète

de la raison: c'est Boileau. On sait tout ce que ce titre lui a valu d'épigrammes, et tout ce que, sous son nom, on a dit contre cette littérature classique dont on le constituait un peu trop libéralement peut-être, le représentant et le répondant. Ses satires d'autrefois lui ont été largement rendues. Mais Boileau, on l'a dit, et il est vrai, porte malheur à ses critiques.

Dieu me garde, mon cher ami, de réveiller toutes ces querelles, où, comme dans toutes discussions ardentes, des idées justes et vraies ont été mêlées à des paradoxes inouïs! Mais ce que je tiens à vous inculquer profondément, c'est la fausseté et le danger de cette théorie, sur laquelle repose toute la littérature novatrice, et qui est le principe de toutes ses erreurs, à savoir: que l'imagination et la sensibilité sont libres et souveraines; que la saine raison, le bon sens, la loi, la règle, choses au fond identiques, ne doivent pas dominer dans les Lettres; que la raison, en un mot, n'est pas la base et l'élément premier du génie.

Vous avez senti vous-même, dans ce que ma précédente lettre vous a dit sur ce sujet, qu'il y a là une question de premier ordre. Vous avez désiré que j'y revinsse et que je traitasse plus à fond cette matière. C'était bien aussi mon intention, et l'importance même de la question le demande.

Je dis donc d'abord que s'attaquer au rôle, à la prédominance nécessaire de la raison en littérature, c'est une erreur capitale. pourquoi? Parce que c'est s'attaquer à la nature des choses, à la constitution même de l'esprit humain. La raison, on ne saurait trop le redire, est le principe, la vérité, la lumière, le guide nécessaire des deux autres facultés. Celles-ci, si elles ne sont pas soutenues et conduites par une forte raison, si elles restent abandonnées à elles-mêmes, à leur caprice, à leur essor incertain, ne sont capables que d'égarements, de productions vaines, creuses, fausses, ineptes, et, quelques brillantes et chaleureuses qu'elles paraissent, au fond absurdes et toujours dangereuses.

Mettre l'imagination et la sensibilité avant la raison, sous prétexte que la raison est sèche, que la justesse est gênante, que le bon sens lui-même est étroit, que le bon goût refroidit tout, c'est purement et simplement renverser l'ordre et l'harmonie des facultés; c'est violer la raison elle-même; c'est jeter une littérature tout entière dans le faux: et qu'attendre d'une littérature ainsi constituée sur une méprise capitale, sinon les plus profondes et les plus déplorables chutes?

Une littérature fondée sur un principe aussi faux, plus elle développera les conséquences de son principe, et plus elle s'égarrera, plus elle donnera naissance à un grand mouvement littéraire, et plus elle altérera profondément le goût du siècle qui s'y laissera emporter.

Qu'a-t-on vu, en effet, par suite d'une erreur radicale sur la véritable valeur et la nécessaire subordination des facultés littéraires? On a vu toute cette littérature novatrice se jeter, théoriquement et pratiquement, dans quatre aberrations littéraires fondamentales: 1.° le mépris des lois du beau et de toutes les règles de la composition; 2.° le mépris de la langue et des principes mêmes de la grammaire; 3.° le mépris de la mesure et du bon goût, l'amour malsain de l'outré, de l'exagéré, du violent; 4.° de là l'obscur, l'inintelligible, le barbare, où cette école est tombée.

Et d'abord, le mépris des lois du beau et de toutes les règles de la composition.

Sous prétexte que les lois de l'ancienne poétique et de l'ancienne littérature étaient des entraves à l'écrivain, qu'il faut écrire d'inspiration, que le génie doit s'élancer et avoir des ailes, on a vu une école aventureuse et intempérante se permettre toutes les audaces, violer toutes les règles, confondre toutes les genres, renverser toutes les barrières, appeler à son aide les images les plus forcées, les procédés les plus étranges, pour produire les effets auxquels elle visait, et infliger tout à la fois à la poétique, à la prosodie, à la langue, à la délicatesse, au goût, au sens commun, les blessures les plus cruelles. Mais qui n'a senti qu'elle était punie immédiatement par ses propres excès, et que la raison, le bon sens, la mesure, le goût, la règle, la loi, se vengeaient assez en se retirant?

Dire que les lois de la composition, que les principes immuables de la vérité et du bon sens sont des entraves au génie, que cela

nuît à l'enthousiasme, rien au fond n'est plus puéril : car le vrai génie n'est jamais que la raison s'élevant elle-même par un effort sublime, et élevant l'imagination et la sensibilité avec elle à leur plus haute puissance, à leur plus généreux élan, à leur magnifique splendeur.

Vous parlez des pâles imitateurs de nos grands poètes, des faux pas de la muse classique; vous reprochez à Boileau Campistron: comme si le génie était responsable des pâles, froides et serviles imitations des vulgaires copistes; comme si l'étude seule des règles pouvait donner du talent à qui n'en a pas; comme si Boileau avait fait Campistron et ses pareils, pauvres écrivains qui, à vrai dire, n'appartiennent qu'à la médiocrité, et ne sont pas plus d'une école que d'une autre.

Il y a sans doute, disons-le, une manière étroite, inintelligente d'entendre les règles; et s'emprisonner dans un cadre inflexible, ne concevoir qu'un type uniforme, une manière unique de réaliser le beau, c'est manquer de largeur et de justesse d'esprit. Non, il ne faut pas vouloir immobiliser l'art, pour ainsi dire, et l'empêcher de marcher. Il doit marcher, comme tout le reste. Mais il faut bien se souvenir que tout mouvement n'est pas un progrès. Le progrès véritable ne se fait jamais en dehors des conditions immuables de la nature humaine et de l'esprit humain. Il y a dans les littératures, comme dans les langues, des formes destinées à périr; mais il y a quelque chose qui ne périt pas: c'est ce qui est fondé sur la vérité et sur le bon sens. N'interprétons pas sans doute avec trop de rigidité les principes; sachons que quelquefois ce n'est pas manque d'art, mais au contraire l'effet d'un art supérieur, que de passer par-dessus certaines règles secondaires; Aristote lui-même en convenait: «Si le poète établit des choses impossibles selon les règles de l'art, il commet une faute, sans contredit; mais elle cesse d'être faute, lorsque, par ce moyen, il arrive à la fin qu'il s'est proposée, car il a trouvé ce qu'il cherchait.»

Mais de là à proclamer, comme la littérature dont je parle, qu'il n'est pas de principes, pas de règles, pas de lois en littérature, et que l'inspiration ne relève que d'elle-même, il y a un abîme.

Non, la raison, le sens commun ont fait justice de ces excès: il est démontré et universellement avoué aujourd'hui que le beau n'est pas chose arbitraire; qu'il y a des principes en littérature comme en tout, des règles fixes, immuables, non arbitraires et de simple convention, mais fondées sur la nature des choses, et qui sont la loi nécessaire du beau, dans tous les arts. On peut les entendre et les appliquer avec plus ou moins d'ampleur et de largeur; mais il faut toujours les respecter dans leur fond.

Ce mépris des règles, des lois immuables du beau, amenait logiquement le mépris des lois du langage et des principes mêmes de la grammaire; et on n'a pas craint, en effet, de poser cela en théorie, et de s'en prévaloir dans la pratique. Il a été proclamé que la grammaire ne devait pas arrêter l'écrivain; que la langue pouvait et devait éclater sous la pensée et le sentiment, et subir toutes les innovations, toutes les violences, dont le libre essor de l'esprit, dont le génie, dont l'inspiration avaient besoin. Et ce qu'on a dit, on l'a fait: des locutions et des tours inconnus à la langue française ont été introduits; un néologisme effréné, les métaphores les plus insolites et les plus forcées ont envahi cette littérature, et menacé d'altérer fondamentalement, si le genre eût prévalu, notre belle langue française.

Mais non: cette liberté contre la langue et la grammaire n'était qu'une licence intolérable; et cette prétendue force et fécondité d'esprit n'a bientôt paru, au fond, que faiblesse et stérilité. Malgré les bruyantes révoltes de l'école novatrice il demeure, — et ceci est un de ces principes fondamentaux contre lesquels on ne prévaudra jamais, — il demeure que la langue doit être respectée. Le génie, s'il ne veut point parler pour lui seul, est astreint, comme les autres, à se servir du langage reçu, et, sous peine de n'être pas compris, il faut parler français en France.

Et de fait, y a-t-il rien de plus ridicule, de plus pédantesque, de plus voisin de la barbarie, que la manie du néologisme et le mépris affecté des lois du langage? S'attaquer là, n'est-ce pas toucher à ce qu'il y a de plus intime, en quelque sorte aux premières et immuables assises, et, j'oserais dire, aux parties les plus vitales de la littérature?

Vainement dira-t-on qu'il y a dans les lois de la grammaire, dans les règles du rythme, de la prosodie, de réels inconvénients; qu'elles fatiguent le génie; qu'elles ajoutent aux difficultés et au travail; qu'elles découragent enfin, en mettant partout des barrières. Des barrières! oui, à l'invasion de la médiocrité, de la sottise et de la barbarie du langage; mais, de bonne foi, est-ce là un inconvénient? N'est-ce pas plutôt, pour tous, un immense avantage? (1)

Sans doute, il faut de l'étude, du travail, pour triompher des difficultés, et observer les lois de la prosodie ou de la grammaire: il est bon que les avenues de l'art soient obstruées de ces ronces qui forcent au labeur. C'est ce labeur qui garantira la littérature d'un vice qui la tue: le commun. On l'a dit, et il est vrai, le commun est le défaut des écrivains faciles, à courte vue et à courte haleine. Eh bien! les règles et les lois du langage sont un des moyens les plus propres à préserver la littérature de ce fléau; c'est une des digues les plus puissantes contre l'irruption du commun, qui, comme on l'a dit de la démocratie, coule à pleins bords dans les esprits.

Mais quoi! notre langue est-elle donc si dépourvue? Les princes du génie français n'ont-ils pas su y trouver tous les mots dont ils avaient besoin pour tout dire? Et l'Europe, qui a consenti que cette belle langue devint la langue de la haute civilisation moderne, ne lui a-t-elle pas rendu un assez éclatant hommage? Mais la langue sert au génie; elle ne le fait pas. Elle ne résiste presque à aucune des humiliations que les mauvais écrivains lui font subir. Il n'y a guère que les caprices barbares du néologisme qui, la blessant au cœur, lui font pousser des cris: c'est l'impression pénible qu'on éprouve en lisant ces écrivains; il semble que la langue crie sous leur plume et souffre violence.

La langue de Bossuet et de Fénelon, une langue trop pauvre! Les gens qui disent cela se trompent: c'est de la pauvreté de leur génie qu'ils devraient parler. Une langue ne donne que ce qu'on sait lui demander. Indifférente pour tout et pour tous, elle est propre à recevoir toutes les empreintes, à revêtir toutes les formes, comme l'argile, entre les mains du potier, qui devient, selon le caprice et le goût de l'artiste, le broc aux formes lourdes et grossières, ou le beau vase grec, avec la grâce et l'élégance de ses contours.

Je sais bien qu'une langue n'est pas immobile: elle vit, donc elle marche; et la langue française, si riche et si nette, peut s'enrichir encore et se fortifier. Elle a trop perdu peut-être. Fénelon observait qu'on l'avait peut-être gênée et appauvrie, en voulant la purifier et l'ennoblir. Le vieux langage surtout se fait regretter. Nous applaudirions volontiers à ceux qui essaieraient de faire revivre, avec certains mots anciens, ce qu'il avait de court de naïf, de hardi, de vif et de passionné. Qui peut nier aussi qu'une langue vivante ne soit en droit d'acquiescer? Peut-être notre langue, malgré sa richesse, pouvait-elle arriver à plus de couleur et d'éclat; peut-être notre prosodie, trop solennelle et trop rigide, avait-elle besoin de s'assouplir. Mais faut-il que ce travail soit abandonné au hasard, au caprice, et au premier venu des écrivains? Non: ce n'est pas ainsi que s'opère ce travail mystérieux des langues. Et les grands idiomes ne se sont pas formés ainsi brusquement, par une sorte d'invasion, d'intrusion violente de mots nouveaux, mais par l'influence insensible et lente du mouvement général des esprits et de la civilisation tout entière. Faite à la hâte et sans choix, sans précaution et sans autorité, l'introduction de termes nouveaux dans une langue en ferait bientôt un amas grossier et informe, et ramènerait à la barbarie.

Si vraiment votre langue est moins riche que votre génie, dirais-je à ces écrivains novateurs; si vous vous trouvez, comme dit Bossuet, dans l'impuissance d'égaliser vos propres idées, eh bien! cherchez longtemps avant de créer un mot nouveau; car la somme des idées acquises et des mots trouvés est grande, et pas n'est besoin d'introduire dans la langue un terme qui ne lui apporterait

(1) J'emprunte ce trait et plusieurs à d'excellents articles de critique publiés autrefois (en 1829) dans le journal *L'Universel*, qui a malheureusement peu vécu. Je ne saurais trop recommander la lecture de ces articles à ceux qui voudraient étudier plus à fond la question que je traite, et qui pourraient se procurer cette collection, devenue aujourd'hui fort rare.

point une richesse de plus : mais enfin, si vous êtes forcés d'inventer le mot, il devra toujours être clair, voire même d'une clarté frappante, qui illumine les esprits autour de vous. Le vrai génie cherche toujours la lumière : c'est un aigle qui s'élance ; quand on le suit, on ne tarde pas à voir le soleil de plus près.

Dira-t-on, mon cher ami, que ce sont là des questions de forme, de petites questions ? Ce serait là, permettez-moi à mon tour de le dire, une grande légèreté et une grande erreur. Les rhéteurs et les grammairiens ont quelquefois attaché trop d'importance à des vtilités. Mais je parle ici de la langue, de la forme de la pensée, du style. Or, rien de moins arbitraire que les lois constitutives du langage ; au fond, ce sont les lois constitutives mêmes de l'esprit humain. Gardez-vous donc de croire que la pensée soit tout, et le mot peut de chose. Je dis, moi, que c'est par le style, plus peut-être que par la pensée, que les œuvres vivent, et qu'un ouvrage mal écrit est un ouvrage sûr de mourir. Ou plutôt, entendons-nous ; croyez-vous que le style soit uniquement dans les mots, et qu'en réalité le style et la pensée puissent ainsi se séparer ? Non, la pensée emporte toujours avec elle son expression ; et quand on parle de style, si on entend bien ce qu'on dit, on entend la correspondance exacte de la pensée et du sentiment avec l'expression, et par conséquent la pensée et le sentiment sont inséparables de la vraie définition du style : ils en font partie essentielle.

C'est ce qu'a senti lui-même un des principaux chefs de l'école novatrice, et l'aveu qui lui est échappé ici est précieux sur ses lèvres. « L'art, a dit M. Victor Hugo, outre sa partie idéale, a une » partie terrestre et positive ; quoi qu'il fasse, il est encadré entre la » grammaire et la prosodie, entre Vaugelas et Richelieu. Il a pour » ses créations les plus capricieuses des formes, des moyens d'exécution, tout un matériel à remuer. Pour le génie, ce sont des instruments ; pour la médiocrité, des outils. »

Non, les questions de style ne sont pas des questions légères : non, il ne suffit pas d'avoir de l'esprit, du génie, de l'âme : tout cela n'existe, aux yeux et aux oreilles de ceux devant lesquels on étale ces trésors de l'intelligence, que par la justesse, la propriété, l'harmonie de l'expression. Il n'y a pas un sentiment touchant, une pensée sublime, une passion énergique qui, pour produire son effet, ne soit obligé de revêtir l'expression propre et convenable. C'est cette expression qui est le cachet du génie, c'est par elle seule qu'il se manifeste. Le bon sens et la vérité n'ont pas d'autres armes. On fait peu de cas de celui qui parle mal, et on a raison : les termes exacts ne manquent pas aux pensées naturelles ; les expressions justes viennent avec les sentiments vrais. Et il n'y a pas d'autre manière d'apprécier et de sentir la valeur des choses que la justesse des termes. On aura beau faire, la négligence et l'incorrection du style, le mépris avoué des lois du langage et des principes de la grammaire, comme aussi des grands principes littéraires, seront toujours les titres les plus contestables au talent et au génie.

Enfin, une troisième aberration de la littérature dont nous nous occupons ici, et qui la vicie encore profondément, qui en fait sans remède la littérature du mauvais goût, c'est son mépris pour ce qui est le goût même : le goût, ce quelque chose de contenu, de mesuré, de pur, d'harmonieux, qui n'est ni au dessus ni au-dessous de la nature humaine, qui est en exacte proportion avec nos facultés : Voilà ce que cette école méprise ; et ce qu'elle aime, c'est précisément le contraire du goût : l'outré, l'exagéré, le violent ; j'allais dire, en me servant d'expression qui sont de sa langue, l'échevelé et l'horripilant, le vertigineux et le monstrueux.

Une comparaison mettra ma pensée en lumière.

Voyez Virgile, voyez Racine, voyez Fénelon : trois génies de même ordre, de même famille. Leurs œuvres ravissent et raviront éternellement les hommes de goût. Mais pourquoi ? D'où vient le charme qui vous saisit, quand vous entrez en commerce avec de pareils génies ? Là, tout est beau, tout est grand, tout est noble ; mais tout est dans les proportions, dans l'harmonie, dans les convenances ; rien de heurté, rien de choquant ou de criard dans le ton et dans la couleur, rien qui atteigne des proportions démesurées : c'est un art exquis, c'est le goût.

Mais, sous prétexte que ces pures et calmes émotions n'étaient pas faites pour une civilisation vieillie et blasée telle que la nôtre, on a voulu en produire de plus violentes : et pour y arriver, on a

prodigué et outré les métaphores et les images ; on a forcé les pensées, les sentiments, les situations, les passions : on a multiplié, compliqué les incidents et les intrigues ; chargé indéfiniment la trame des récits ; recouru aux inventions, aux imaginations les plus inattendues et les plus extraordinaires, en même temps qu'on infligeait à la langue les outrages que j'ai dits, et qu'on se créait un style analogue à ce genre violent et fiévreux.

Eh bien ! tout cela, je ne crains pas de le répéter, c'est la corruption de la littérature, c'est un mauvais goût désastreux, qui ne peut aboutir qu'à des œuvres fausses, et qui ne produira jamais la beauté ; du moins la beauté vraie, la beauté sans mélange, la beauté pure et sereine : c'est une offense perpétuelle à la délicatesse, à la justesse, à la vérité, au sens commun. Le talent même, avec un tel système littéraire, n'arrivera jamais à rien d'achevé : il pourra jeter des éclairs, mais suivis de ténèbres ; rencontrer des élans, mais qui finiront par des chutes. En perdant toute mesure, cette littérature perd la vérité, la sûreté, la clarté ; elle tombe dans le vague, en même temps que dans l'excessif et le monstrueux. Son impuissance se trahit par ses efforts mêmes ; cette multiplicité de moyens, cette complication de ressorts n'est que de l'artifice substitué au talent, et n'aboutit qu'à faire de l'écrivain un machiniste, au lieu d'un artiste.

Quand aux lecteurs de pareilles œuvres, il est impossible que leur goût y résiste longtemps et ne finisse bientôt par se dépraver. De telles secousses l'émoussent, le blasent, et le rendent insensible aux délicates et vraies beautés. Une grande et noble dame, trop accoutumée à ce genre, d'écrits, et dans le salon de laquelle se réunissait habituellement tout ce que cette littérature comptait d'écrivains le plus en renom, disait un jour : « Comment peut-on lire le Télémaque ? C'est d'une froideur glaciale. » — « Madame, lui répondis-je, il y a en Angleterre, et en France même, parmi les femmes du peuple, des gens tellement habitués aux liqueurs fortes, au porter, au whisky, à l'ale, que quand on leur offre un verre du vin de Bordeaux le plus exquis, ils le trouvent fade et sans saveur : c'est pour eux de l'eau claire. Il en est de même de ceux qui se sont habitués à ne lire que certains ouvrages : leur goût est tellement émoussé, que les plus belles et les plus nobles expressions, du génie éclairé et guidé par la raison la plus haute, leur paraissent froides, sans couleur et sans vie. Ayez le courage de ne lire pendant un mois qu'*Athalie* et le *Discours sur l'Histoire universelle*, et vous verrez si vous ne finirez pas par y prendre goût. » Cette dame eut le bon esprit de suivre ce conseil, et s'en trouva bien.

De cette théorie littéraire si manifestement outrée et intempérante, devait naître, et est née en effet, une langue intolérable, incorrecte, bizarre, forcée, et par suite obscure, et quelquefois absolument inintelligible, une langue, je le dirai, voisine de la barbarie. Et il est certes impossible que la clarté ne manque pas dans une littérature où l'imagination et la fantaisie n'ont plus de frein et ne reconnaissent plus de lois ; où les mots nouveaux abondent ; où ces mots apparaissent la plupart du temps sans autre motif que leur singularité, uniquement parce qu'on veut éviter de parler comme tout le monde ; où l'image écrase la pensée ; où le sentiment s'égare en rêveries ; où les passions bouillonnent : toutes choses peu propres à produire la propriété des termes, et l'exactitude de langage, qui font comprendre aux autres ce que l'on veut dire.

C'est le genre, dirais-je, de ceux qui pensent sans savoir précisément ce qu'ils pensent, qui veulent sans savoir précisément ce qu'ils veulent, et par conséquent qui parlent sans savoir précisément ce qu'ils disent.

Cette littérature d'imagination a tellement aimé l'image qu'elle a cru que l'image pouvait suppléer à la pensée. Mais une image qui n'est pas le vêtement d'une idée, qu'est-ce pour l'esprit ? L'image peut embellir une pensée, elle ne peut pas en tenir lieu. Quand il n'y a qu'une image ou sensation, mais rien dessous, et que l'idée manque, c'est le vague, c'est le vide : si à côté de l'imagination qui parle à l'imagination, du sentiment qui parle au sentiment, il n'y a pas l'esprit qui parle à l'esprit, il y a nécessairement impossibilité de comprendre.

Un tel genre, évidemment, est un genre faux ; de telles œuvres ne peuvent plaire qu'aux esprits déjà dévoyés, et leur succès serait la ruine même du bon goût. Elles peuvent séduire et attirer ; mais

elles n'éclairent pas, elles égarent, comme ces lueurs douteuses qui vous font sortir infailliblement du vrai chemin, si vous courez à leur trompeuse clarté. Avec de tels guides, l'on vit perpétuellement comme dans des régions fantastiques, l'on côtoie sans cesse l'abîme, l'on marche haletant et comme pris de vertige.

Il faut donc en revenir aux éternels principes, aux immuables lois de la raison, du bon sens et du bon goût. En dehors de là, il n'y a. il ne peut y avoir rien de beau et rien de durable.

M. de Bonald, en parlant d'autres principes, d'autres lois, des principes et des lois de l'ordre moral, a dit une belle parole, qui s'applique parfaitement à la littérature. «Que les écrivains y prennent garde: tous les ouvrages où les principes de l'ordre seront niés ou combattus disparaîtront de la mémoire des hommes, quelque bruit qu'ils aient pu faire parmi les contemporains, et il n'y aura que ceux où ils seront défendus ou respectés qui passeront avec gloire à la postérité, et quelquefois mériteront l'honneur, le plus grand de tous, d'être comptés parmi les livres classiques qui servent à former l'homme pour la société.» Cela est vrai, d'une vérité absolue. Et c'est pourquoi la fausse littérature, qui renverse l'ordre et l'harmonie des facultés humaines, qui, en faisant prédominer l'imagination et la sensibilité, facultés secondaires, sur la raison, première et fondamentale faculté, se place nécessairement dans le faux, cette littérature peut avoir des succès de séduction et de surprise; mais ce seront des succès éphémères, que le temps ne sanctionnera point. Elle plaira surtout à la jeunesse, à cet âge de la vie, où la raison, le bon sens, le bon goût, l'intelligence, sont encore faibles, où l'imagination domine, où la sensibilité est ardente, où les entraînements de l'esprit et du cœur sont faciles; mais cela ne durera pas. Ses œuvres passeront vite. Que dis-je? elles ont déjà passé. Car la génération qui les a vues naître n'est pas encore écoulée, et déjà de tous ces bruyants écrits, de ces drames échevelés, de ces poèmes, de ces romans étincelants, que reste-t-il? Rien.

Il faut le dire cependant; mon ami, et avec tristesse; il reste, pour la génération du moins qui les a subis et applaudi, les ruines faites dans les intelligences, les atteintes portées au bon goût; il reste surtout les ruines plus désastreuses encore faites aux mœurs, l'atteinte portée aux consciences. C'est ce dont ma prochaine lettre vous dira quelques mots.

(A suivre.)

COLABORACION

PHILOSOPHIE DU SENS COMMUN

PAR

MELITON MARTIN.

CHAPITRE V.

Distribution des besoins humains.

Avant de continuer notre démonstration, il convient de mettre le lecteur en garde contre une erreur, assez fréquente, origine de beaucoup d'autres. Les écrivains, en général, confondent l'homme type avec l'homme réel. Déterminant d'une manière abstraite les conditions, les facultés, les attributs et les besoins de l'être humain, ils parlent comme si tous les hommes étaient identiques à cet être idéal.

A n'écouter que le commun des penseurs et des législateurs le genre humain se composerait, à toute période historique, d'individus parfaitement semblables et homogènes.

Rien n'est plus faux, rien n'est plus capable de produire des maux très graves.

C'est le contraire qui est l'expression de la vérité: loin de cette égalité imaginaire, on ne trouvera peut-être pas deux hommes doués exactement des mêmes besoins, ou plutôt il n'existe pas deux hommes ressentant les mêmes besoins avec la même intensité. Loin d'être une aggrégation de molécules identiques, l'humanité se compose d'une réunion d'individualités dissemblables et variées, et cela par les raisons suivantes:

1.° Parce que, dans n'importe quelle période historique, elle a été composée d'enfants, d'adolescents, d'hommes virils et de vieillards, chaque âge ayant ses besoins propres et distincts. Le jeune homme ne tient pas compte de l'expérience du vieillard. Il obéit à un besoin de sentir, et le sentiment prédomine dans toutes ses actions. L'homme viril

pense sous la pression du désir de posséder ou de commander. Le vieillard, insensible à l'aiguillon de la passion, ne ressemble en rien au jeune homme de vingt ans.

2.° Parce que les hommes naissent et croissent avec des tempéraments fort différents et même opposés; doués de facultés diverses, ils possèdent des aptitudes qui varient à l'infini. Celui-ci cède aveuglément à ses besoins matériels; celui-là, ne tenant aucun compte des appétits charnels, concentre dans le cerveau toute la vitalité de son être; tel autre prompt à l'émotion et à l'enthousiasme, obéissant au moindre appel du sentiment, dédaigne l'intelligence et la matière.

3.° Parce que la variété infinie de toutes ces différences naturelles s'augmente et se complique encore, grâce aux modifications artificielles que l'éducation fait subir à chacun, selon les pays et les périodes de l'histoire, c'est-à-dire, selon le plus ou moins de développement des besoins humains à son époque.

D'après ce qui précède, il est nécessaire de considérer que l'humanité en bloc réunit seule la somme totale de nos besoins, malgré les courants qui se croisent et luttent dans son sein.

Il peut donc arriver que, selon les tendances individuelles, l'instinct ou les besoins grossiers prédominent, pour un certain laps de temps, dans une région quelconque de la terre, tandis qu'en d'autres lieux le sentiment et l'intelligence règnent sans partage.

Cela tombe sous le sens et on ne saurait de quelques manifestations isolées, tirer d'argument impliquant une modification des lois de ce monde.

En vertu du libre arbitre, les hommes peuvent faire fausse route; mais les lois générales d'harmonie continueront inflexiblement à corriger les erreurs. Donc, il sera toujours aussi absurde de déduire une conséquence générale, en se fixant sur des tendances d'une époque et d'un peuple, que de la déduire des circonstances ou de l'histoire d'un ou de plusieurs individus.

Ne l'oublions jamais: dans l'étude des lois naturelles, il faut tâcher de pénétrer leur ensemble et ne point s'attacher, exclusivement, à l'observation de chaque créature, car aucun mortel, aucune famille, tribu ou nation, ne saurait réunir en soi les accidents, les phénomènes ou les besoins légitimes appartenant à toute une époque. Les hommes supérieurs, même les hommes exceptionnels, ne sauraient offrir en eux la réunion de tous les besoins de l'humanité; par une disposition essentiellement sage, ceux-ci se trouvent distribués entre toutes les créatures humaines sur la surface entière de la terre.

En effet, l'inégalité que l'on observe dans la répartition des aptitudes, des facultés et des besoins, est un fait qui révèle admirablement la loi de sociabilité.

En vertu de cette loi, les hommes ont besoin les uns des autres; ce que l'un ne peut exécuter qu'à force de temps et d'essais nombreux, un autre le fait promptement et sans efforts; celui-ci, sous l'impulsion d'un besoin croissant, impérieux, illimité, produit plus que ce qui lui est nécessaire; celui-là, avec des besoins moindres et d'espèce différente, reçoit de l'autre ce qui lui manque.

Grâce à cette inégalité, les hommes, déjà rapprochés par la sympathie inhérente à l'espèce, s'unissent bientôt comme des frères, se rassemblent, constituant de la sorte, d'abord la tribu, ensuite la nation, l'état enfin, qui forme la plus grande aggrégation humaine.

Bien que les faits que nous avançons ici s'appliquent, dans leur généralité à l'espèce humaine, ils ne concernent pas moins chaque individu, pris isolément. La justice naturelle, *modérateur universel*, ne ressemble, en rien à la justice humaine, *modérateur particulier* de quelques uns ou du moment. Ne le perdons point de vue. Il y a plus encore. Tout raisonnement sur l'homme doit porter, à la fois, sur l'homme et sur la femme.—L'homme et la femme ne font qu'un. L'idée est vieille. Platon, Moïse avant lui considéraient la femme comme la moitié de l'homme; mais bien des gens encore trouveront hardi d'affirmer que l'être humain est moitié homme et moitié femme. Nous savons bien que de nos jours, les courants de l'opinion vont en sens contraire, et que la femme moderne, fatiguée du rôle que l'égoïsme de l'homme lui a imposé jusqu'ici, est la première à vouloir se constituer en être à part. Mais qu'importe cela? l'erreur et l'égarement du moment ne pourront, sur aucun point, altérer l'éternelle vérité, et le sens commun de tous les temps sait que les deux sexes sont complémentaires l'un de l'autre. Réunis d'un commun accord, ils se développent harmoniquement comme un seul être tout en obéissant à des besoins physiques, intellectuels et sentimentaux parfaitement équilibrés et admirablement répartis. Si l'on sépare ces deux moitiés, on mutilera l'être humain; on détruira ou l'on pervertira la famille, base de toute société polie, morale, civilisée; molécule intégrale de tout corps social, avec des conditions indestructibles de vie, de durée, de permanence.

L'homme ayant sa mission, la femme ayant la sienne, il ne s'ensuit pas que ces deux missions soient autre chose, que les deux moitiés d'une mission unique: la mission de l'être humain. A l'homme, la force, l'énergie pour satisfaire les besoins physiques de son être, et de plus l'intelligence virile pour découvrir la vérité et épurer le sentiment: à la femme, une intelligence vive et pénétrante, avec une source inépuisable de sentiment, pour retremper notre esprit dans ses défaillances et dans ses chutes, pour soutenir notre espérance, raviver notre foi, et évoquer, à chaque instant, nos aspirations vers le beau, le juste et l'infini.

Ah! Dieu permettra-t-il un jour aux yeux de l'homme de s'ouvrir à la vérité?

Ce jour là, l'homme pénétré de la sainte et noble mission de sa compagne, s'inclinera, plein de respect devant cette moitié de son être! Les mères, guidées par un amour éclairé, graveront dans les âmes de leurs enfants, le sceau pur et sublime du sentiment. Alors l'harmonie régnera dans l'activité humaine et la régénération des sociétés s'accomplira comme par enchantement.

Mais tant que la femme sera un chose à part, un être distinct; tant qu'elle ne sera pas la moitié respectée de chaque homme, son guide dès

le berceau et dans la vie, il n'y aura pour nous que chûtes erreurs et désenchantements.

Ainsi les besoins humains, qui nous poussent irrésistiblement vers un but noble et moral, se trouvent répartis, d'une manière admirable, entre les individus des deux sexes. S'ils ne comprennent pas, enfin, qu'ils doivent vivre comme un seul et même être, pour arriver à la plus grande somme de perfection et de bonheur possibles, les hommes flotteront chaque jour davantage entre le doute et le dégoût, l'orgueil et le découragement.

CHAPITRE VI.

Du travail.

Il est un autre fait d'une incontestable évidence, c'est celui-ci : poussés, sans cesse, par nos besoins, nous ne pouvons les satisfaire sans un effort plus ou moins grand de quelque-une de nos facultés.

Voulons nous cueillir le fruit suspendu à la branche? il nous faut, et c'est le moindre des efforts, lever le bras jusqu'à lui. Quand le froid se fait sentir, ne faut-il pas aller à la forêt chercher le bois nécessaire, le couper et le porter, avant qu'il ne serve à nous réchauffer? Que d'efforts de tête pour apprendre à lire et à compter? Que d'efforts plus nombreux encore et de toutes sortes pour soutenir la patrie, dont l'amour est le premier des devoirs moraux pour l'homme civilisé? Il est une somme d'efforts entre le besoin et sa satisfaction. Ces efforts constituent le travail.

Le sauvage, l'homme primitif, s'il veut s'emparer de la datte du palmier doit monter sur l'arbre et, partant, faire des efforts matériels; veut-il chercher des racines? il doit exercer son instinct, ombre de son intelligence pour découvrir ce qu'il cherche; puis, fouiller la terre, réunissant ainsi, à la fois, les efforts de l'intelligence à ceux du corps. Qu'il chasse ou qu'il pêche, le même phénomène se produit. Les efforts de l'intelligence lui font inventer la flèche, le lacet, le harpon, le filet: l'effort de ses muscles lui permet d'exécuter ces inventions. Toute proie conquisse est le fruit de ces efforts combinés.

L'homme des bois, l'homme libre par excellence, selon l'opinion de quelques modernes abusés, travaillait matériellement beaucoup plus que nous. L'intelligence n'entraînait que pour une faible part dans la somme d'efforts qu'il avait à faire; le travail musculaire était, au contraire, considérable. Néanmoins, on pouvait déjà, dans les actions de cet être faible et nu, voir jaillir quelques rayons de son esprit aux époques reculées, où l'homme semblable au sauvage de l'Australie, vaguait dans la plaine et dans le bois à la recherche de sa nourriture, c'est à peine si son intelligence s'élevait au dessus de l'instinct du singe et de la fourmi; pourtant elle aidait au travail de ses muscles et, de jour en jour, acquérant une force plus grande elle lui permettait de mener à bien les travaux que lui imposaient ses besoins.

De nos jours, il n'existe pas de travail où les muscles et l'intelligence ne soient simultanément employés. Par exemple, il y a bien des gens qui, voyant débiter une pièce de bois, en planches, ne remarqueront qu'une seule chose: la force matérielle qui met la scie en mouvement. L'observateur, le penseur y verra toute autre chose.

Il remarquera l'intelligence de chaque scieur guidant attentivement le mouvement des bras; calculant la dureté du bois et la résistance de la scie; maintenant la lame de l'instrument dans la ligne droite et la redressant lorsqu'elle s'écarte soit à droite, soit à gauche; modérant la vitesse ou l'augmentant lorsqu'il est nécessaire de le faire.

Il se rendra compte de la somme d'intelligence qu'il a fallu employer pour créer la scie qui déchire les fibres du bois; il pensera à la fabrication du fer et de l'acier, aux divers travaux qui ont concouru à former un instrument si bien approprié à sa destination et si simple en apparence; il réunira dans sa pensée les innombrables efforts d'espèces diverses qui ont concouru à ce but unique: obtenir des planches.

Qu'on supprime, d'un coup, la part d'intelligence qui a présidé à l'ouvrage que nous venons de décrire, et nos scieurs ne sont plus que des êtres impuissants. Que leur reste-t-il? Leurs ongles et leurs dents. L'opération du sciage de la pièce du bois ne peut se faire. Cet ouvrage, simple aujourd'hui, deviendrait, subitement, une entreprise colossale, impossible même.

Le travail de l'intelligence, uni au travail matériel, a donc réalisé, dans ce cas comme en beaucoup d'autres, une véritable merveille.

De telles merveilles sont innombrables; il en est tout autour de nous et nous n'y prêtons point d'attention parce que nous les avons sous les yeux depuis notre enfance, et que nous ne pensons pas à nous rendre compte de leur création.

Il n'en est pas moins vrai, que pour chacune d'elles, il a fallu, de la part de nos prédécesseurs, une certaine part de travail matériel, de travail intellectuel et, comme nous le verrons plus tard, quelque peu de sentiment. Si nous pouvions mesurer la part de ce dernier, notre étonnement n'aurait point de limites. Il est certain, que pour la plus petite chose, notre cœur et notre intelligence se mettent de la partie, conjointement avec le travail corporel.

Il en est toujours ainsi: à peine conçoit-on le premier mouvement musculaire du sauvage, sans qu'il ait été précédé accompagné ou suivi d'un autre mouvement de son intelligence et de son sentiment; car les facultés affectives, les facultés sentimentales prêtent aussi leur concours à la satisfaction des besoins. Elles y jouent le rôle de stimulants et de moteurs; peut-être sont-elles, en somme, la cause principale de tous les progrès, parce que, en définitive, il n'y a point d'efforts physiques ou intellectuels qu'elles n'excitent et ne soutiennent.

Voici, par exemple, un homme sobre, modeste, travailleur. Peu lui suffit pour être heureux; car son âme renferme tout un monde d'illusions. Il sait se contenter d'eau pure pour apaiser sa soif et le pain qu'il

mange lui paraît délicieux, bien qu'il soit sec. Ses vêtements sont simples; mais luxueux à force de propreté. Ses parents ne lui ressemblent guère. Sa mère, qu'il adore, est si charitable qu'elle en est prodigue; ses frères vivent à ses dépens, et ses fils, élevés dans l'abondance, ne soupçonnent pas les sacrifices qu'il s'impose afin que rien ne leur manque. Il aime tout le monde; les privations qu'il endure le laissent indifférent, mais il souffre de voir pâtir les autres. Pour lui, le besoin sentimental de consoler, de voir les siens heureux est le plus puissant de tous les besoins qu'il éprouve.

Qui pourrait dire tout ce que ce besoin du sentiment lui fait entreprendre et mener à bien? Il se prive, même de sommeil; il se multiplie, il est partout; il acquiert toutes sortes de connaissances; aucun travail ne le rebute et les efforts de son corps et de son intelligence, ne peuvent se comparer qu'à l'intensité de ses facultés aimantes et des besoins insatiables de son cœur. Aussi réalise-t-il, au profit de ses semblables, des progrès infinis, bien qu'il se résigne, pour son compte personnel, à la plus humble des conditions.

Synthétisons, maintenant, de nouveau, tout en avançant, quelque peu, dans notre tâche.

Nos besoins, comme partie intégrante de nous-même, ont été créés, nécessairement, dans un but, qui est de nous obliger à développer, sans cesse, nos facultés physiques, intellectuelles et sentimentales.

Les efforts réunis de la force, de l'intelligence et du sentiment, sont seuls capables de nous donner les moyens de satisfaire nos besoins multiples et croissants; ces efforts constituant ce que l'on appelle *travail*, il est évident que le travail est un *devoir*, la première loi de ce monde, l'unique moyen légitime d'acquiescer et la source pure et sainte d'où jaillit tout bien, tout droit, tout pouvoir, toute supériorité.

Rappelons nous les paroles d'Alexandre-le-Grand, initié, par son génie, aux vérités éternelles: « Rien n'est plus vil que la fainéantise; rien n'est plus noble que le travail. »

Répétons-le une fois de plus: si notre nature nous pousse à la satisfaction de nos besoins, nous ne pouvons y arriver qu'au moyen d'un ou de plusieurs efforts; si ces efforts constituent le travail, il faut travailler sans cesse. Le travail est non seulement un véritable devoir; mais c'est encore le premier de tous les devoirs.

Nous voici déjà bien près de la définition du phénomène dont nous nous occupons. En effet, pour définir les choses, il est indispensable d'en avoir acquis une connaissance aussi profonde que possible. Les définitions qu'on a coutume de mettre en tête de tous les traités didactiques devraient en être le dernier mot.

Qu'est-ce que le travail?

Pour répondre à cette question, nous nous heurtons, ici, à l'obscurité et au peu d'exactitude de nos langues, preuve évidente du pitoyable état où se trouvent les recherches actuelles, dans des questions aussi vitales que celle-ci.

Le travail humain, comme nous l'avons démontré, est harmonique; il se compose, en proportions variables, d'efforts sentimentaux, intellectuels et physiques, bien qu'on puisse citer, par exception certains travaux individuels qui manquent de quelque-uns de ces éléments.

Généralement, et surtout en considérant le travail humain dans son ensemble, on observe, qu'à toute époque, le cœur, l'intelligence et les muscles ont contribué, simultanément, à tout travail utile. Si, par aventure, il y a encore parmi nous des hommes-machines, dans les efforts homodesquels il n'entre ni sentiment ni intelligence, (hypothèse qu'il nous répugne d'admettre) ces êtres ne peuvent être comptés au nombre des hommes et ne sont que des animaux plus ou moins utiles à l'œuvre humaine.

En quoi ces efforts humains qui tiennent de la force du corps et de celle de l'esprit, ressemblent-ils au travail du cheval, du bœuf du chameau? En quoi ressemblent-ils au travail des machines? Et, cependant, le mot *travail* s'applique, également, à ces efforts si distincts par leur essence! Et, cependant, dans toutes les langues, le mot *travailler* désigne, également, l'action de la machine (matière inerte, mise en mouvement par une force aveugle et inintelligente); l'action de la brute (matière organisée, guidée par une intelligence, celle de l'homme) et l'action de l'homme (travail intelligent, raisonné).

Ces imperfections de langage ne nous révèlent-elles pas le peu de cas que l'on a fait de la question qui nous occupe, et l'idée dangereuse et erronée qu'on s'est formée de notre mission ici-bas!

Pourquoi donc s'étonner des erreurs qui nous égarent, lorsque nous n'avons que d'obscures paroles pour expliquer des phénomènes d'une gravité si haute! Encore un fait, avant de conclure: l'étude attentive de l'histoire nous démontre que l'activité humaine se développe dans le *travail harmonique*. Il est vrai que quelques peuples donnèrent la préférence à certains genres d'efforts sur les autres; mais la punition ne se fit point attendre et leur grandeur ne fut qu'éphémère. Toute nation, toute collectivité qui, par système, rejettera une des trois classes de besoins imposés à l'humanité, sera toujours un corps qui porte la mort dans ses entrailles.

Résumons-nous: chez l'homme, tout effort du corps, de l'intelligence ou du cœur est *travail*, car l'homme ne travaille pas seulement la matière, mais encore l'esprit. Travailler c'est *faire, penser, sentir*.

Quiconque sent, pense et fait, travaille harmoniquement. Ce travail harmonique est l'apanage exclusif de l'humanité.

Tout travail humain où l'un de ces trois éléments: la force matérielle, l'intelligence ou le sentiment fait défaut, est inharmonique, c'est à dire incomplet, et il ne portera jamais, pour notre bonheur, les fruits du travail harmonique. Ce dernier seul, soutient, élève l'humanité dont il est le salut; seul, il comprend, par une disposition des lois naturelles, le concours des forces musculaires, de l'intelligence et du cœur.

L'imperfection des langues nous fait confondre, sous une seule acception (*travail, travailler*) des actes et des phénomènes essentiellement différents. Nous devons donc nous mettre constamment en garde contre les erreurs qui résultent de cette confusion dans les termes que nous employons.

L'humanité se développe sous l'impulsion du travail harmonique: tout corps social, destructeur de l'harmonie du travail humain, porte en soi le germe de la décadence.

Cela posé, faisons un pas en avant.

(A suivre).

EL VOLUNTARIO DE CUBA.

El voluntario de la Isla de Cuba, el que es á la vez el héroe y el mártir de la causa española en esa rica region del Nuevo-Mundo es un tipo completamente desconocido en España, y sin embargo, píntasele con un perfil siniestro y con un colorido bastardo en los periódicos de Nueva-York, Londres y Paris, y hasta en algunos diarios de Madrid, por sus encarnizados é implacables enemigos. Los tristes sucesos que han tenido lugar en la Habana en los últimos años, provocados por los filibusteros de la Isla, han dado ocasion á los otros filibusteros esparcidos por las principales capitales de Europa y de América, para saciar su encono contra ese generoso tipo español, que prodigando su sangre y desperdiciando su fortuna por la honra de la madre patria, se está haciendo merecedor de pasar á la historia como un tipo legendario, digno sucesor del de aquellos españoles que tan alto renombre alcanzaron en las edades pasadas, así en las Navas y el Salado contra las huestes agarenas, como en Bailen y en Girona contra las águilas imperiales de Francia, siempre en defensa de la integridad nacional española, salvada primero ante los muros de Granada, y despues á consecuencia de la jornada riste y gloriosa del Dos de Mayo.

El voluntario de Cuba, por más que muchos lo ignoren y por más que sus enemigos lo nieguen, es el tipo más perfecto del español de nuestros mejores tiempos, por sus sufrimientos, por su valor, por su generosidad, por su nobleza y por su amor á la patria.

Figuraos un laborioso catalan, un activo vascongado, un ingenioso andaluz, un franco castellano, un emprendedor astur, un intrépido navarro, esos hombres llenos de anhelo y de vida, á quienes arde la sangre en el corazon y late el cerebro en la cabeza como si les faltase tierra para moverse y les sobrase ambiciones que realizar. Hay en este mundo seres que nacen á la vida como quien despierta de un sueño de esperanzas; que llevan en su pecho todo el aliento, en su brazo toda la fuerza, y en su voluntad toda la constancia que necesitan para realizar aquel sueño. Dejadles paso y ellos elegirán su camino, harán su viaje y llegarán al punto que se proponen.

Si han soñado con la guerra, seguirán el tumulto de los ejércitos; si con las grandezas de la industria moderna, los vereis estremecerse de gozo al redoble del martillo, al ruido de las máquinas y al silbido de la locomotora. Si soñaron con bancos de perlas, miradlos como clavan los ojos en el espejo de los mares, presintiendo que allí nace y crece el objeto de sus ambiciones; si los despertó la idea de la riqueza como premio del trabajo en regiones ricas y espléndidas, contemplad como fijan la vista en la nave que parte para el Nuevo-Mundo.

De esta raza y de esta naturaleza eran los que saltaron en Palos de Moguer dentro de las misteriosas carabelas de Colon, y fueron á la Española, y vencieron en Otumba, y triunfaron en el Perú, y siguieron el Amazonas, y entraron en el mar del Sur con la bandera de Castilla. De esta casta especial de nobles aventureros fueron todos los que se inmortalizaron en Italia, se engrandecieron en los Países-Bajos y se enriquecieron en las Américas. Estos hombres han dejado su semilla, y los hijos de sus hijos, de ésta y de la otra parte de los trópicos, son los que en la boca del golfo mejicano, en la rica y floreciente Isla de Cuba, convierten en pepitas de oro las gotas del sudor de su frente, entre sus frondosos cañaverales, sus pintorescos jardines de café y sus plácidas vegas de tabaco, ó llevando á aquellos sencillos pueblos el rico y civilizador comercio de la culta y adelantada Europa.

No hace mucho tiempo que paseando por las estrechas guardarrayas de uno de los más ricos ingénios de Cuba, un astur lleno de canas y de patriotismo, contándonos la historia de los principales fundadores de las casas más opulentas de la Isla, nos relataba la suya propia, en un todo conforme con el tipo que hemos descrito: «Nací en un pueblo, nos dijo, mucho más chico que mis ambiciones, y con ménos aire del que necesitaba mi pecho: á los quince

años me moria de quietismo y de asfixia. Mi padre, que comprendía el anhelo que me atormentaba, me preguntó un día por el sueño que me habia hecho pasar una noche de inexplicable inquietud. Padre mio, le dije, he soñado que salí soldado, y como sabia escribir un poco y leer de corrido, ascendí á sargento, luego á oficial, más tarde á jefe, y cuando desperté acababa de ser nombrado general. Al otro dia me preguntó por el sueño siguiente, y le conté que desde monaguillo llegué á cura, de aquí á canónigo, subí á obispo y desperté arrellanado en una poltrona en el Concilio de Cardenales en Roma. Al dia tercero tambien quiso saber mi sueño de la noche precedente, y le referí que me acosté con un real, me dormí ya negociando, y al amanecer salté de la cama para despachar en mi bufete de banquero. Mi padre, que era discreto, añadió mi amigo, me dijo, pues lia el petate, toma este puñado de oro, embárate en ese bergantin que vá á darse á la vela para América, y que Dios te bendiga. Y aquí me tiene Vd., concluyó, lleno de canas, pero colmado de felicidad, porque gracias á mi trabajo, he fundado casa de ilustre apellido, he dado riquezas á mi patria, y he dado hijos á las filas de los voluntarios, que, si yo no aumento con mi persona ya cansada, aliento al ménos con mi voz y con mi entusiasmo, para que honren como deben á la patria, contra esos hijos ingratos de otros españoles ménos afortunados que yo en los herederos de su nombre.»

Este hombre que acabamos de describir es la formacion completa de aquel tipo aventurero, ambicioso, activo, trabajador, ganoso de gloria, de renombre y de riqueza que hemos delineado al principio. Tendrá sus excepciones, porque no hay cosa humana que no las tenga. Tendrá tambien sus modificaciones producidas por la civilizacion y las costumbres, y hasta sus degeneraciones; pero con eso y todo, ese tipo es el tipo legítimo del antiguo y noble aventurero español que tambien queda bosquejado.

Estudiemos ahora ese hombre especial, con esa naturaleza privilegiada, semi-caballeresca y semi-agreste, con su actividad inquebrantable, con una laboriosidad proverbial, vacío de preocupaciones y lleno de ambicion y de esperanzas, noble é impetuoso, que abandona su hogar para amarlo más cuanto más lejos esté; que se desprende de los brazos de sus padres, de su esposa ó de sus hijos para partir al Nuevo-Mundo con el corazon hecho pedazos. Ese hombre cruza soñando todavía la inmensidad del Océano, y si despierta es para llorar las prendas queridas de su alma, que deja pobres ó desconsoladas á la sombra del árbol junto al cual nacieron. Llega á la soñada América, y allí se endurece el cuerpo con el trabajo, se suaviza los sentimientos con la blandura del clima tropical, y se desgarran el corazon con los recuerdos de la patria y de la familia; pero todo lo endulza la esperanza de volver un dia con el producto legítimo de sus manos á hacer felices á aquellas criaturas que quedaron junto al árbol que cobijó su cuna.

Pocos son los hombres que han ido de otra suerte, como por ejemplo, á implantar su riqueza en la vírgen América. Cuantos han ido desde los primeros tiempos hasta hoy, han llevado tan sólo la cabeza llena de fecundos pensamientos, el pecho colmado de noble ambicion y el brazo preparado al trabajo, con el propósito de obtener el premio de sus peligros, de sus quebrantos, de sus servicios, que siempre son grandes en esas largas peregrinaciones de la vida.

Por tan honrosas y difíciles circunstancias han pasado, si no todos, á lo ménos casi todos los que han llevado á América la actividad, las artes, las industrias y la civilizacion de la culta Europa. ¡Qué empresa más digna, ni qué premio más justo y merecido que los de esos seres privilegiados! Los que digan lo contrario, mienten y reniegan de su patria y de su sangre; porque no de otro modo alcanzaron sus padres las riquezas que hoy emplean ellos en mengua de su patria. Una de dos, ó son blancos ó son negros los enemigos de España; porque en la Isla de Cuba no hay más que españoles ó africanos. Si son blancos, entonces son hijos de españoles que han hecho su fortuna de la manera noble, digna y honrada que la hacen los hombres que vamos describiendo, y no tienen motivo para maldecir de sus hermanos. Por eso los filibusteros, variedad ponzoñosa y envenenada de la misma raza, especie de escrecencia producida quizás por liviano capricho de la naturaleza, inspiran no sólo lástima, sino santa indignacion á los que no pueden degradarse, ya

sean insulares ó peninsulares, hasta el punto de negar su Dios, de escupir á su padre ó de maldecir á su patria.

Esa muchedumbre viril, honrada, noble y caballeresca, pobre ó rica, es la que constituye la gloriosa falange de cerca de cien mil voluntarios que defienden con las armas en la mano los fueros de España, la honra de sus familias y las riquezas que, ó heredaron de sus padres y acrecieron con su trabajo, ó crearon y desarrollaron con el sudor de su frente.

Tal es el tipo del voluntario cubano: fuerte, resuelto, noblemente aventurero, exaltado patriota, allí donde el patriotismo consiste solamente en amar hasta con delirio á España; delirio tanto más fébril, tanto más colérico, cuanto más grande es la ingratitud y la rebeldía de los enemigos. Por eso el voluntario peleaba, si fuera menester, con más constancia, con más denuedo, con más perseverancia, que aquellas generaciones que durante siete siglos pelearon desde el Guadalete hasta Granada, con enemigos ménos ingratos y ménos rebeldes, por lo mismo que eran ménos españoles. Por eso el voluntario llegaría allí á imitar á los héroes de Zaragoza, si no contara ya muy cercano con el triunfo de Bailén.

Tal es, repetimos, el voluntario de Cuba; tales los sentimientos que le animan; tal la causa que representa, y tal el triunfo que le espera.

Ese hombre que hemos procurado presentar en el más alto relieve que es posible en un artículo de periódico, escrito al volar de la pluma; nacido en la Península ó nacido en la Isla, pero con la sangre y con el carácter que hemos dicho, es el que al ver amenazada de usurpacion la madre patria; amenazada de guerra cruenta y sanguinaria la dichosa Cuba; amenazados de exterminio sus propiedades y todos sus intereses; amenazado de deshonor su propio decoro, el de sus padres, el de su esposa y el de sus hijos; ese hombre, ni más ni ménos, es el mismo que ha cambiado la blusa si era menestral, ó las elegantes vestiduras si era gran señor, por el colete y el calzon de lienzo y el sombrero de jipijapa, tomando el fusil y corriendo á confundirse con los soldados de la patria. Ese es el noble voluntario de la Isla de Cuba.

Antes que le arranquen á este nuevo soldado del honor su hacienda á tanta costa labrada, su riqueza tan honradamente adquirida, y la paz de su familia tan amorosamente formada, le arrancaran el corazón y la vida; y para tanto son muy poca cosa las reliquias que aún quedan en la manigna del miserable bando de los insurrectos.

JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

¿QUÉ ES EL PROGRESO?

Cuando al estudiar la historia de la tierra nuestra imaginación ha ido recorriendo los diversos períodos de la creación; cuando llegando en alas de nuestra fantasía hasta aquel momento tan lejano de nosotros, en que las primeras islas emergieron de las aguas hemos visto aparecer sobre ellas las plantas rudimentarias de los primeros días; cuando de transformación en transformación hemos podido llegar á admirar el período siluriano inferior, y en él percibir los primeros seres los triholites, el munulito, el frecten; cuando por transformaciones sucesivas la escala zoológica ha ido apareciendo ante los ojos de nuestra alma, y el hombre ha llegado al fin á aparecer sobre la tierra en un momento que está separado de nosotros por más de seis mil años; cuando historiando la humanidad tanto en los tiempos prehistóricos como en los que ha analizado, la Historia hemos llegado á comprender la ley del progreso, que tanto rige á las sociedades como á todo lo que es, nosotros hemos querido trasportarnos á los últimos días de la vida terrestre, y entonces, al comparar el progreso siempre creciente del hombre, con la marcha de la vida hacia su extinción, una pregunta ha asomado á nuestros labios, una incertidumbre se ha apoderado de nuestro espíritu.

Y persistiendo en nuestro análisis, la pregunta se ha sostenido, y la incertidumbre ha seguido dominándonos, como si fuerza no tuviéramos para librarnos de tan poderosa influencia.

¿A dónde vamos?—nos hemos preguntado—¿Qué será de la hu-

manidad de los postreros días de su existencia, ¿qué de el último hombre que llegue á vivir sobre nuestro planeta?

Y entonces nuestra imaginación ha volado, y dejando atrás años innúmeros, hemos visto ante nosotros la tierra de los últimos días, y el progreso, esa ley eterna, se ha aparecido como si tuviera vida material, como si quisiera exhibirse para que pudiéramos comparar y admitir su valor verdadero.

La cuestión se ha presentado entonces en su desnuda realidad; entonces hemos querido comprender que el progreso humano estaba ligado con la materia, con la vida de la tierra; y al ver cómo el hombre no ha podido llegar á romper esa fuerza invencible que le une al suelo de nuestro globo, la amargura se ha posesionado de nosotros, la certidumbre ha tomado visos de realidad.

¿Por qué así?

Porque hemos comparado á los pequeños seres que vimos en los primeros días de la creación, con el hombre que tan tarde apareció; y al ver á los primeros ser los últimos en desaparecer, conservando su forma, su existencia de los primeros tiempos, ha venido á nuestra mente una idea luminosa.

Sí, nos hemos dicho, el progreso es signo de muerte prematura: por eso el hombre morirá antes; por eso el molusco llegará á subsistir después que él.

¿Es esto cierto; puede admitirse esa síntesis que ha brotado espontáneamente, como si en ello hubiéramos querido compendiar nuestra idea?

Hé aquí el problema, nos hemos dicho; y nuestra imaginación ha vuelto á fijarse, como antes, en la contemplación de las edades terrestres, de la humanidad desde el pára hasta el hombre que hoy alcanza la plenitud del progreso.

¿El progreso! hemos exclamado, ¿será acaso un fantasma engañoso?

Y entonces hemos recorrido las obras de los grandes pensadores, y todas nos han presentado, desde Platon y Aristóteles hasta Pelletán en nuestros días, la idea del progreso. No era posible ya dudar, y no hemos dudado; pero al ver cómo cada uno formaba distinto concepto de la idea, y cómo parecía ésta tomar formas tan diversas, la vacilación ha venido prontamente á terminar la seguridad que habíamos obtenido, dejándonos de nuevo presa de la duda.

¿Qué es, pues, el progreso?

¿Será el movimiento?

¿Será, tal vez, esa fuerza desconocida que lleva á todos los seres hacia su perfeccionamiento?

¿Será, solamente, el resultado natural de la fuerza acumulada en el espacio de los siglos que se han sucedido, que se suceden y se han de suceder?

¿Será en el hombre el camino que recorre hacia la libertad?

¿Quién sabe!

Y cuando elevando nuestra alma á la contemplación de la humanidad regenerada por la virtud y santificada por la observación estricta de la justicia y el derecho, nosotros hemos comprendido en esa apoteosis del hombre el complemento del humano progreso; y hemos visto al individuo idealizado por el bien, y á la sociedad elevada en la elevación de sus miembros todos; entonces ha renacido en nuestro espíritu la llama de la alegría, y hemos admitido de nuevo la existencia del progreso.

Y éste ha aparecido ante nosotros vago, como si seguramente no pudiera comprenderse en su fin, como si interminable fuera, en la infinitud de los tiempos.

Sumido en el caos, hemos debido distinguir, hemos distinguido. El progreso humano no podía considerarse unido al progreso de la vida inferior; tal vez en esto estribaba el problema cuya confusión parecía querer llevarnos á el abismo.

Nuestro análisis ha debido fijarse primeramente en el globo, después en la humanidad: nuestra investigación debía comenzar de nuevo.

Las capas geológicas del planeta han sido un libro inmenso donde ha aparecido fijado el progreso de la vida: los fósiles han hablado; ellos han resuelto la cuestión en la primera parte: y á ser después en la escala vital las sucesivas especies que marcan cómo se han sucedido transformaciones sin número, la ley del progreso ha

quedado fijada para la vida: la incertidumbre no podía sobrevenir en este punto.

Hé aquí, pues, que la resolución del problema se ha simplificado: el enigma ha parecido aclararse, mostrarse en términos más claro, más reducidos.

Limitados á observar el progreso humano, las diferentes edades, edad de la piedra tallada ó paleolítica, edad de la piedra pulimentada ó neolítica, edad del bronce, edad del hierro, nos han mostrado ya en la época cuaternaria, sin necesidad de remontarnos á ver si el hombre existió ó no en el terreno folioceno, nos han mostrado, decimos, que el progreso humano existió en aquellos días. Y si salvando los siglos, llegamos desde el pária antigua al hombre de nuestros días, libre, dueño de su trabajo y de su derecho, y comprendemos cuánto ha sido necesario de esfuerzo intelectual, de esfuerzo corporal, para llegar á la actualidad, quedamos admirados, y nuestra admiración nos hace confesar lo que sentimos.

Sí; ya no es posible la duda: el progreso existe: y si en la vida de la humanidad hemos visto civilizaciones que han desaparecido; si Egipto, Babilonia, Nínive se aparecen ante nosotros como si deciros quisieran lo que fueron, lo que son, entónces les diríamos: fuisteis grandes, poderosas, luégo progresasteis: si despues los tiempos borraron vuestro progreso, no culpeis á nadie de haber perdido lo que pudisteis poseer, culpád al acaso.

Y pronunciadas estas palabras, hemos oído una triste queja, amarga lamentación que ha llegado á nuestra alma, y hemos visto al fellah egipcio, pobre, ignorante, degradado, que nos enseñaba con triste sonrisa las grandiosas Pirámides, los restos de Tebas, haciéndonos ver el canal que por el isleño ha habierto la ciencia moderna.

Comparad, sí, comparad, ha exclamado el pobre fellah.

Y hemos recordado al momento que semejante obra emprendióse antiguamente, y entónces hemos dicho:

Alcalzásteis una civilización poderosa; mas la perdisteis tal vez porque no todos los pueblos habían llegado como vosotros á semejante estado de progreso: hé aquí la causa. Vosotros os adelantais á vuestra época: ya os lo he dicho, culpád al acaso.

Hemos, pues, admitido el progreso humano, como ántes pudimos admitir el de la vida del planeta: ambos existen, sí, ambos son verdaderos. Al separar, pues, el uno de el otro parecen haberse mostrado claramente y como si existieran sin relación alguna: ellos nos han hecho ver que el progreso es una verdad, pero nos han dejado sin conocer la verdad del progreso.

De nuevo, pues, traspasamos los años con nuestra imaginación, y se fija ésta en los polos. De estos al Ecuador hay una infinidad de diferencia: ellos hablan, el Norte invade al Mediodía: su invasión es lenta, paulatina: quiere engañar á la humanidad que no se apercebe de su marcha.

En efecto; la vida parece extinguirse gradualmente segun ascendemos del Ecuador al Polo: los Trópicos encierran la exuberancia vital; quieren recordarnos lo poco que queda de los tiempos que fueron. Pero caminando hácia el Norte, cada vez es más raquíutica la naturaleza; al fin, ya no nos presenta más que musgo exíguo perdido entre la nieve.

¿Fué siempre así?

Esta pregunta nos hacemos cuando nos inclinamos á contestar la negativamente: en efecto, los restos de los grandes paquidermos nos dicen que la vida fué otra ántes de ahora; los grandes depósitos de hulla hablan claramente; demuestran cuán gigantescos no serían los inmensos bosques del período hullífero.

Vamos, pues, á la muerte: la decadencia sufrida debe hacernos comprender que bajamos la pendiente del sepulcro inmenso que ha de contener la humanidad entera.

¡Ah! Si morimos, si el planeta ha de tener un día en que ruede por el espacio como hoy camina la Luna, sumido en el silencio que nada interrumpe, ni aún la caída de enorme hólido, envuelta en el negro sudario que ofrece para ello el infinito espacio, por su falta de atmósfera; si esto ha de llegar para la tierra, el progreso del hombre y el principio vital están unidos: cuando uno cese, el otro desaparecerá.

Llegamos, al fin, á comprender perfectamente el problema: la

cuestión aparece ahora terriblemente abrumadora; la caracteriza el horror de la muerte.

Alcanzamos sin esfuerzo el fin de la humanidad, el fin del hombre; ya lo hemos dicho: la invasión del Norte amenaza llegar al Ecuador. En este, sí, en este quedará el hombre de los últimos días, ya que hayan desaparecido los grandes árboles, los grandes animales que aún restan.

Y la civilización que admiramos habrá sido tragada por el terrible, por el inexorable invasor; entónces tal vez las cúpulas de los grandes monumentos aparezcan por entre montañas de nieve, ó rueden, como si no quisieran presenciar la decadencia irremediable, necesaria, de la raza humana, su muerte segura.

La fatalidad, pues, matará al hombre, quitándole los medios que ha puesto á su alcance el esfuerzo intelectual de tantos siglos; pero estos medios no matarán el espíritu humano, él llegará hasta el último momento.

Por eso, cuando dominado el último hombre aparezca sobre la tierra, cuando dominado, envuelto por la muerte que le rodee, se vea tal vez obligado á aprovecharse de la chispa eléctrica para sostener todavía algo más el calor que se pierde, entónces, al verle pequeño, contrariado por todo, podrá notarse sobre su frente la llama de la inteligencia, la luz del alma, allí resplandeciente. Y su inteligencia que no habrá decaído, reñirá terrible batalla con la naturaleza; y el progreso existirá hasta el último momento. Entónces, sólo entónces podrá verse claro, evidente, la verdad del progreso: la lucha de la inteligencia humana con la vida de la materia hará ver patente la verdad. Porque el hombre vivirá más gracias al progreso, más al progreso relativo, que hará progresivo para él, lo que es retroceso para nosotros.

Y hasta el último momento la inteligencia obrará, y cuando el momento de la muerte llegue para el postrer individuo de nuestra raza, el espíritu parecerá sobreponerse á la muerte, como queriendo revelarse contra la materia.

Y podrá distinguirse al lado del cadáver del postrer viviente, al molusco de los primeros días, tal cual entónces apareció, tal cual hoy la veríamos si pudiéramos oír los restos fósiles que se encontraran en las crestas de las antiguas montañas, del Jura, por ejemplo.

Era verdad lo que pudimos ántes comprender: el progreso era indicio de muerte prematura: el pequeño molusco nos lo dice.

Y aún así, aún debiendo morir, ¡qué inmensa diferencia entre el cadáver humano y el sér rudimentario todavía viviente!

La historia del uno es la historia de la lucha, vencido por la ley inexorable de la vida; grande, sin embargo, hasta el momento final. El otro no nos presenta nada: ha vivido; es lo que era, lo que será hasta su desaparición.

Por eso la inteligencia del último hombre que parece haberle sobrevivido, quedará inmensamente, flotando en el espacio.

Y si posible fuera que rozara nuestro rostro, y llegara su impresión á nuestro oído, podríamos comprender lo que habría de decirnos.

Creámoslo posible, sí, veamos lo que diría.

El progreso humano vivió en mí: yo soy la llama intelectual que ardió en el cerebro de esa humanidad que ha terminado: yo soy el progreso humano; y si voy á desaparecer desde este momento, sabe que escogí mi muerte, ya que quise alcanzar la plenitud de la perfección relativa. No sientas mi muerte, no, es el resultado natural, el fin que me estaba destinado."

Y si creyendo posible eso, pudieramos ver cómo despues sólo quebaba la muerte de los séres inferiores, para que siguiera á ella la muerte del planeta, admiraríamos la marcha de la vida que parece desenvolverse en distintas manifestaciones.

Y la verdad del progreso quedaria manifiesta: no podría dudarse de que el progreso humano dependia de la inteligencia del hombre. Y si habia terminado, si habia llegado á su último momento, debia existir para ello una sola causa: nada absoluto ha existido ni existirá en nuestro planeta: el progreso debia estar relacionado, tocóle estarlo con la vida.

Al fin pudimos, despues de tantas investigaciones, despues de dudas tantas, al fin pudimos comprender la verdad del progreso. Sí,

el progreso es la inteligencia, de ella depende la perfeccion relativa á que pueda llegar el hombre sobre la tierra.

Bendígamos, pues, á la inteligencia que eleva al hombre, hagamos de ella la más grandiosa expresión del progreso humano, y si ha de llegar el último día para el planeta donde nos cupo en suerte nacer y morir, no temamos, que después del último día aparecerá aún entrebrillante aureola el espíritu del hombre, y en sus resplandores lucirán brillantísimos los nombres de los grandes pensadores, de los redentores de la humanidad, de los héroes de la caridad y de la ciencia.

Ellos vivirán en el espíritu de la humanidad; ellos serán testigos de la verdad del progreso.

¡Oh inteligencia, que anima al hombre, sé tú nuestra guía, tú que eres la síntesis más sublime del progreso!

E. FLUCILLER.

Puerto de Santa María, 1874.

CADUTA DELLE MARMORE E LAGO DI PIEDILUCO.

Spettacolo il più maestoso e imponente di quanti offre natura ne'suoi capricciosi fenomeni si ammira a quattro miglia da Terni. Alludiamo alla cascata magnifica conosciuta sotto il nome di *Caduta delle Marmore*, che a buon diritto ha formato sempre l'incanto de' viaggiatori, e pur di quelli accostumati a guardar con disdegnosa indifferenza gli oggetti più prodigiosi.

Noi più fortunati che lady Morgan, godemmo vedere con agio quella mirabil prospettiva nella sera del 20 agosto 1849, quando i raggi orizzontali del sole, passando di cresta in cresta tra il verde e il giallo purissimo delle montagne, riflettevano una luce sulle profonde vallate, che più stupenda facea quella bella meraviglia della creazione. Ecco perchè l'illustre viaggiatrice, da noi men-tovata, mena lamento per non aver potuto gustare il prezioso quadro, cui lord Byron sosteneva, valer meglio, che tutte le cascate e i torrenti della Svizzera.

Le mule e il cocchio, che avvisavamo trovare per far quella corsa, eransi condotti per alcuni viaggiatori arrivati prima di noi da Spoleto. Allora si ebbe ricorso alle nostre mule e si ordinò venissero poste alla greppia: lo che era cagione di risa generali in chi ne stava attorno. Il conduttore seguendoci al nostro appartamento dicea, che le vetture conducenti i forestieri alla cascata eran di pertinenza del governo, e che, ove alcuno avesse voluto giovarsidialtre, avrebbe pagato l'ammenda nella Rocca. Ma, sebbene ci tornasse incomodo attendere altro giorno, pure si abbandonò il progetto non senza maledire con calore al governo per cosiffatte inezie, che turbano i pacifici piaceri de' viaggiatori.

Noi, come abbiám detto, più avventurati che la bella Morgan, uscimmo di Terni alle tre pomeridiane del succennato giorno indiritti alla cascata in consorteria de' Generali Córdoba e Zavala, de' fratelli Marchese di Casasola e Conte di Cumbres-Altas, degli aiutanti de' Generali, e di alcuni altri militari.

In pochissimo tempo le nostre vetture ci condussero alle sponde del Velino, ove si apre il canale, che mette foce al lago di Piediluco. In una lieve barchetta corremmo tutto il canale che attraversa per mezzo miglio un folto bosco di oleandri e di pioppi, fino a che pervenimmo all'immenso lago, la cui periferia aggiunge a sette miglia. La profondità ne è bastantemente considerevole; irregolarissimo e sinuoso il suo esteso alveo. Quello, che più contribuisce alla celebrità di questo pittoresco lago, è la rara proprietà, con che in due secondi e mezzo riproduce tutti i suoni, cioè tanto le modulazioni della voce umana, quanto le armonie di qualsivoglia musicale istromento. Questo è il fenomeno conosciuto sotto il nome di *Eco di Piediluco*.

L'aspetto, cui presenta il lago, dormiente quasi in una estesa e profonda vallata e circoscritto per una catena di monti, è sommanente interessante e degnissimo di essere con cura visitato da' forestieri. Immagini il leggitore un prezioso azzurro cristallo, ove formino capricciosi mosaici mille colorati piccioli pesciolini, e le cui mura sieno altissime e fronzute colline; tutto questo in un silenzio sepolcrale e coperto di un bel cielo sparso quà e là di bianche e rosse nubi: immagini, che il sole con una luce dorata illumini tutta la metà dei monti e del lago, contrastando pittorescamente colle ombre, cui nel cadere manda quà e là verso l'opposto lato: fuggurisi da ultimo una barchetta, che fenda il cristallo e fuggi i pesci, nella quale si veggano due Generali delle arme spagnuole, alcuni giovani ufficiali e un uomo, che senza alcun distintivo delle due classi non s'interessi più, che d'interpellare il cicerone e di vergare nel suo portafoglio le impressioni del momento. Questi però conserverà un'idea sempre viva di una delle cose, che più ci colmarono di meraviglia in quella placida sera; val come dire, del magnifico melanconico lago di Piediluco.

Quindi prendemmo a piè il cammino della cascata, internandoci in un umido ombroso bosco, dove in tranquilla e voluttuosa solitudine i superbi e grossi faggi ricreavano co' teneri ramoscelli l'innamorato sicomoro, che baciava loro il piede; il fronzuto castagno si lasciava abbracciare per la flessibile e melanconica sempreviva, e la colomba andava alla cerca dell'affettuoso compagno suo, che con sentito tubare la chiamava entro quelle lascive foreste.

Per poco che praticammo gli angusti suoi sentieruzzi, udimmo voci articolate, come di persone, che ne uscissero incontro. Nè eravamo: una turba di donne, sedute sopra asciutti dossi asineschi, appena arrivata innanzi a noi saltò a terra. Sulle prime stemmo in forse se quelle fossero ninfe del Velino, o fiere della montagna, e scherzando dicemmo: per esser fiere sono molto mansuete; per esser ninfe sono già feroci; ma se come ninfe non son belle, per esser quasi fiere sono bellissime.

Comprendemmo quindi, lo scopo di quelle donne essere il farne offerta delle loro cavalcature, cui non accettammo, nè potevamo accettare per compassione verso que' poveri asini. Ci ricordammo di lady Morgan, che co' nostri cocchi e que' quadrupedi avrebbe potuto comodamente visitare quel sublime quadro, di che con tanto dolore fu necessitata privarsi.

Il fiume Velino tosto che nasce tra i monti Abbruzzesi al S. O., vicino di Torrita e di Antrodoto, discorre la valle Falacrina, lambendo la falda del Terminillo, uno degli alti Appennini, accoglie le acque minerali della valle Cutilia, del fiume Salto e del Marsia, attraversa Rieti, s'ingrossa nel confluente del Turano e, correndo la valle per cinquanta sei miglia, va a precipitarsi strepitosamente da un'altissima roccia sul pacifico Nera, formando quella mirabile cascata.

Il nome di *Caduta delle Marmore* le viene per la natura delle acque sue, che, accogliendo una quantità di elementi calcarei, acquistano la virtù di petrificare le sostanze che incontrano. A ciò è dovuta l'abbondanza in marmi e stalattiti, che le si trovano ai lati. L'anno 461 di Roma, Marco Curio Dentato, rompendo il petrificato terreno, diè libero corso alle acque stagnanti, che, precipitando a modo di torrente, resero fertilissima la valle Rietina quasi per intero dilagata. Ond'è, che Marco Tullio diè a quel luogo il nome di Tempe.

Tacito narra, che, quando inondata Roma pel debordamento del Tevere in seguito di stemperate piogge all'epoca di Tiberio, si fece progetto chiudere questa cataratta, ma trovossi opposizione nelle dispute suscitate soprattutto da alcuni Municipii e dai Pisoni.

Nel secolo XV i Rietini vennero nella risoluzione di aprire un nuovo canale per dar direzione alle acque, e fu questo un grido di guerra ai Ternani. Quei presero la Rocca di Santangelo e questi volenterosi di toglier vendetta degli avversari loro tennero una pubblica assemblea il 17 agosto 1417, nella quale convennero: *evndum ad portum marmorum ad moriendum*. Braccio Fortebraccio, Signore dell'Umbria, tolta a disamina la questione, impose a que' di Rieti, ricedere dalla intrapresa loro. Nel 1540 però, avutosi ricorso a Paolo III e la causa loro sortendo allora un migliore successo, s'accinsero all'opera sotto la direzione dell'architetto Sangallo. I reclami avanzati da Roma, da Terni e da altri assai Comuni obbligarono il Papa a spedirvi un Conservatore romano, due cavalieri e quattro ingegneri, i quali riferirono, il nuovo canale non presentar pericolo di sorta. Intanto i Rietini e i Romani si composero a pace secondo rilevasi per una medaglia coniata il 1546, ove leggesi: *unite mentes uniunt*. Sullo scorcio del secolo XVI poi Clemente VIII fece, che l'opera si conducesse a termine, addossando la direzione dei lavori a Domenico Fontana.

Del miracolo, che oggi offre la cascata, solo un pennello potrebbe porgere idea, delineando un fiume, che all'altezza di più di mille piedi si precipita verticalmente su di altro confluente con una velocità sì grande, cui non mai poterono infrenare nè gli sforzi degli uomini, nè il potente braccio de' secoli. Di noi potremo dir solo, che con una specie di stupore cagionato per lo spaventevole fragore del torrente e per la densa nebbia innalzata dalla eterna ed enorme colonna di bianca spuma, appressatici all'angusta fenditura di una roccia tagliata a picco, salutammo quelle acque sul punto di precipitarsi e, usciti loro incontro alla metà della discesa, fummo a mirarle nell'abisso ove si frangono: ogni volta però viemaggiormente maravigliati di quel sublimo e spaventevole quadro, cui natura offre coll'aver solo rotto la diga a un placido e cristallino fiume.

Spettacolo di tal maniera ne risvegliava la rimembranza del seguente bel sonetto del Missirini, che quasi involontariamente recitavamo:

Ratto fugge il Velin dall'ardua china,
Qual igneo globo in marzial tormento,
E precipita poi da roccia alpina
Segno di meraviglia e di spavento:
E se mai ne'suoi vortici trascina
Selve e capanne e col pastor l'armento
Tutto disperde nella sua ruina
Fra i gorgi del sonante atro elemento:

Nell'orbita così dell'universo,
Con torbe, rovinose e rapide onde
Volvesi, e corre il tempo in sè converso;
E si discarica poi nelle profonde
Gole di eternitate, ove sommerso
Ruota i secoli infranti e li confonde.

L'imponente spettacolo di questa cataratta offre un quadro tanto più bello e aggradevole, como riflette un viaggiatore, in quanto che non si lancia con impeto a traverso di rocce tagliate a picco e nude, ma cade bensì in una ridente valle in mezzo ad una piantagione di aranci, e, correndo in perfetta armonia col cielo, col sole e coll'orizzonte d'Italia, imperla da lunge i fiori e le erbe di sua perenne rugiada.

Prima di uscire dal ricco e poetico bosco, ond'è cinta la cascata, al piccol rumore d'un augello nel levarsi a volo, vedemmo puntare tra sambuchi e mortelle una garzonetta, che, più fresca e più bella di un'aurora d'aprile e dei fiori di primavera, col verecondo sguardo di una vergine di Murillo e col celestiale sorriso di un angelo di Raffaello ci porse un panierino colmo di saporosissime frutta, còlte allora allora colle sue manine candide così come neve caduta di fresco, e belle da potervi toglier colori le rose e i gigli. Gustammo tutti il delicato e squisito regalo, ammirando in pari tempo la bellezza di quella incantatrice creatura, da cui ci separammo al fine cantando quello di

Flérída para mí dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ageno,
Más blanca que la leche y más hermosa
Que el prado por abril de flores lleno (1).

JOSE GUTIERREZ DE LA VEGA.

ESTUDIO DEL DERECHO POLÍTICO.

(CONTINUACION.)

Por último, pruebas negativas en favor del principio de sociabilidad, como consecuencia de la naturaleza humana, nos las suministran el hecho de que el aislamiento, esta blecido como pena en algunos sistemas penitenciarios modernos, como el de Filadelfia, se considera como un castigo tan terrible, que ha sido bastante para que se hayan vuelto dementes algunos de los que le han sufrido.

Si examinamos ahora la naturaleza de toda asociacion, deberemos decir que en ella es preciso que existan tres condiciones: 1.ª Conocimiento del fin; 2.ª Determinacion del fin, y por lo tanto un pacto preliminar en que este fin se determine; 3.ª Medios necesarios para la realizacion del fin, y por lo tanto un pacto de constitucion ó determinacion de estos medios. Estas tres condiciones se fundan en que no hay fin alguno que no sea realizable por la asociacion, y que para ello no se busquen los medios oportunos, y que de la consignacion de estos medios nazca el pacto social, ora se le llame así para aceptar el lenguaje jurídico, ora se designe con el nombre de *constitucion* de la sociedad, para evitar la confusion de que estas palabras se tomen en el sentido que se les ha dado por las escuelas de que hemos hecho mérito. En la constitucion de toda sociedad hallamos dos cosas esenciales, por lo tanto, una parte dogmática y otra orgánica: la primera, en la que se fijan los derechos y los deberes de los asociados; la segunda, en que se establecen los medios necesarios para conseguir el fin de la sociedad, y se determina por consiguiente la organizacion de la misma sociedad, en conformidad con estos medios.

Toda asociacion tiene tambien una vida interna y otra que podemos llamar externa, es decir, dentro de su propia esfera manifiesta su actividad para la consecucion del fin que ha establecido en el pacto primordial, y además se relaciona con otras instituciones, con otras asociaciones tambien, cuya relacion viene á constituir su vida externa. Necesitamos, pues, examinar cuál debe ser el derecho interno de toda asociacion, y desde luego podemos establecer que no siendo la sociedad más que la colectividad de hombres, deben fijarse, segun su naturaleza, condiciones análogas á las que constituyen la misma naturaleza del hombre. Todo lo que realiza segun su naturaleza, tiende á realizarlo fuera; la sociedad es el espejo del hombre, y cada cual la considera como á sí propio, es decir, como comprendiendo la naturaleza humana, si es que juzga al orden social bueno ó malo, justo ó injusto, segun los principios y los elementos constitutivos que descubre en su propia naturaleza, y exige una organizacion en que todos los elementos que la compongan estén clasificados del mismo modo que en su naturaleza propia. La vida interna de una asociacion debe reflejar por consiguiente la naturaleza del hombre: ésta es el modelo de la organizacion social, y

no hay ninguna institucion en la sociedad que no tenga su origen en una necesidad real ó facticia, en un objeto constante ó temporal de la naturaleza humana. Por eso existen en toda sociedad civil bien constituida una *inteligencia social* que *delibera*, una *voluntad social* que ejecuta y constituye el *poder ejecutivo*, á la que va unida una actividad física representada por la fuerza pública, una *conciencia social* que juzga, personificada en los tribunales, que mide con severo criterio el valor moral de las acciones de los asociados, cuyos principios no sólo encontramos en la sociedad política, sino tambien en la sociedad religiosa, civil, mercantil, moral ó científica.

Así como en el hombre se refleja la universalidad de los seres creados y todos parecen destinados á establecer una relacion con el mismo, segun el fin de su desarrollo y de su destino, la sociedad tambien se refleja en él mismo, y en igual manera que existe una relacion armónica entre el hombre y el mundo, debe existir tambien entre éste y el medio social en el cual vive. Hay tambien en la vida social como en nuestra propia vida, momentos de irresolucion y de vacilacion, en los cuales se presenta el problema de armonizar estas tendencias opuestas, y en razon á lo artificial del organismo social, hay á veces que impulsar su existencia, aunque la inteligencia social quede en suspenso. Resulta, por consiguiente, que el problema que la asociacion debe resolver es «establecer una organizacion social, en la cual estén comprendidos todos los elementos constitutivos de la naturaleza humana y todo género de relaciones, como fines que deben realizarse por la asociacion de las fuerzas individuales en diversas esferas sociales, distintas y armonizadas entre sí por medio de principios comunes, conformes con la unidad del destino humano.» La naturaleza humana considerada en sí misma y en el conjunto de sus relaciones, no sólo se desarrolla cada vez más en la sociedad, sino que ha llegado á formar instituciones fundamentales, segun los distintos fines de la vida humana para la religion, la moral, el derecho, la educacion, la industria, etc. Esta teoria evita á la vez la exageracion del individualismo y los errores del socialismo; el problema se plantea así con más facilidad, que no adoptando la fórmula imposible de Rousseau: «Encontrar una forma de asociacion que defienda y proteja con toda la fuerza comun la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual, uniéndose cada uno á todos, no obedezca, sin embargo, más que á sí mismo y quede tan libre como ántes (1);» fórmula que por otra parte consagra el principio del más completo individualismo. No queda tampoco anulado el individuo, puesto que la sociedad no viene á ser más que la sancion de su propia personalidad, y siendo libre y respetado puede sostener su derecho por medio de controversias judiciales, bien con sus coasociados en los tribunales ordinarios, bien con la misma asociacion en los tribunales especiales, como son los los contencioso-administrativos.

Además del derecho interno de toda asociacion, existe un derecho externo en cuanto se pone en relacion su vida propia con otro individuo extraño ó con otra asociacion. De aquí que puede haber tambien en esta relacion contienda ó colision de derechos, cuya controversia deberá dirimirse por una entidad superior á las mismas asociaciones, ora se llame esta, provincia si se trata de dos municipios; nacion, si se trata de dos provincias, ó Congreso internacional si se suscita entre dos naciones. En toda sociedad encontramos necesariamente esta vida externa que se manifiesta desde los primeros momentos de su existencia, de la misma manera que el hombre se dedica á su actividad exterior, dejando que su naturaleza física se desarrolle por sus propias fuerzas.

Determinada ya la nocion general del principio de sociabilidad y la naturaleza y formacion de toda sociedad, nos resta establecer una clasificacion, para ocuparnos despues en cada una de las sociedades, que deben ser objeto de nuestro estudio. En este concepto, diremos que la duracion de las sociedades está determinada por la importancia del fin que realizan, de tal manera que son permanentes ó temporales, segun que los fines que deben cumplir son tambien permanentes ó temporales. Así, pues, las sociedades necesarias para los fines perpétuos del hombre, como la religiosa, científica, política, industrial y moral son por su naturaleza permanentes, del mismo modo que lo son las entidades, familia, ciudad y nacion; otras, por el contrario, son temporales como las mercantiles, y aún dentro de la misma esfera de las permanentes caben para objetos determinados asociaciones temporales ó accidentales. Tal sucede en nuestro siglo con las asociaciones que se han realizado para llevar á cabo las obras gigantescas que la antigüedad no podia conseguir sino con la asociacion forzada de la esclavitud. La consecuencia que de la distinta clase de estas asociaciones se deriva es muy diferente, pues colocados en las sociedades accidentales por nuestra voluntad, claro es que tambien podemos salir de ellas por nuestra propia voluntad, al paso que en las sociedades permanentes, que realizan fines perpétuos, no podemos abandonarlas del mismo modo sino todo lo más penetrar en otras de ellas.

(1) *Contrato social*, lib. I, cap. VIII.

(1) Flérída, tu mi torni dolce e saporosa più che la frutta dell' altrui pomario, più bianca che il latte e più bella che i fiori, onde aprile abbelli il prato.

LA RACE LATINE

JOURNAL INTERNATIONAL

Cette Revue, tirée à un grand nombre d'exemplaires, est imprimée à Madrid dans l'un des premiers établissements typographiques espagnols et paraît tous les quinze jours avec la collaboration des écrivains les plus distingués de l'Europe Latine.

PRIX D'ABONNEMENT

Espagne.	un an.	200 reaux.	Portugal.	un an	2 livres sterling.
France.	»	50 francs.	Italie.	»	50 liras.
Belgique.	»	50 francs.	Amérique.	»	20 pesos.

ON S'ABONNE EN ESPAGNE

A MADRID
Bureau central, 4, rue de Serrano.
Librairie Bailly-Baillière.
Librairie Durand.

Palma.—Librairie de D. Pedro José Gelabert.
Barcelona.—Juan Oliveres.
Sevilla.—Hijos de Fé.
Málaga.—Francisco Moya.

Bilbao.—Viuda de Delmas.
Zaragoza.—Viuda de Heredia.
Cádiz.—Verdugo, Morillas y Compañía.
San Sebastian.—Manuel Aramburu.

Les annonces sont reçues en Europe pour trois mois.

ON S'ABONNE A L'ETRANGER

A Paris. Librairie Espagnole de M. Denez Schmit, seul représentant, 2, rue Favart (prés l'Opéra comique).
A Lyon, chez Mr. CONCHON, rue Mulet, 9, et rue Bat d'Argent, 10.
A Marseille, chez MM. Arrau, rue des Feuillants, 1.—Camoin, rue de la Cannebière, 1.—Chusin, B^d du Musée, 16.—Millaud, rue de Noailles, 13.
A Bordeaux, chez Mr. Fouraignan, Place de la Comédie, 3.
Au Havre, chez Mr. Aubert Benard.
A Londres, chez Childey et Cortazar, 71 Store Street.

A Bruxelles, chez MM. Deq et Duent, office de publicité, 39, rue Montagne de la cour.
A Anvers, chez Mr. Kornicher.
A Amsterdam, chez Mr. Van Bokkens.
A la Haye, chez MM. les héritiers Doorman.
A Rome, chez Mr. Merlé.
A Turin, chez MM. Bocca, freres.
A Florence, chez M. Jrouhaud.
A Naples, chez Mr. Dura.
A Milan, chez MM. Dumolard, freres.
A Lisbonne, chez Mr. Silva Junior.
A Oporto, chez Mr. Gomez, successeur de Moré.

CORRESPONSALES EN ULTRAMAR

ISLA DE CUBA. <i>Havana.</i> —La Propaganda Literaria, O'Reil y, 34. <i>Guines.</i> —D. Ramon de Cabrera. <i>Matanzas.</i> —Señores Sanchez y Compañía, y Don Juan F. Balloqui, calle de Gelaberto número 42. <i>Cienfuegos.</i> —D. Juan A. Gutierrez. <i>Cuba.</i> —D. Juan Perez Dubrull. <i>Catbarien.</i> —D. Hipólito Escobar. <i>Santa Clara.</i> —D. Manuel Doporto. <i>Moron.</i> —D. Sebastian Delgado. <i>Cárdenas.</i> —D. Alejandro Laga. <i>Sagua.</i> —D. Pedro Pazo. <i>Union de Reyes.</i> —D. José M. ^a Otero. <i>Colon.</i> —D. José M. ^a Prieto. <i>Puerto Principe.</i> —D. Miguel Acosta Barañan. <i>Baracoa.</i> —D. Luis Argues. <i>Gibara.</i> —D. Gregorio Vega y D. Nicolas de Mena. <i>Sancti-Spiritus.</i> —Don Carlos Ergueta. <i>Holguin.</i> —D. Bernardo Manduley. <i>Nuevitas.</i> —D. Miguel Nuñez. <i>Nueva Paz.</i> —D. Enrique Petit. <i>Trinidad.</i> —D. Eugenio Camino. <i>Guanajay.</i> —D. Pedro Chacon. <i>Guanabacoa.</i> —D. José M. ^a Prieto. <i>Santiago de las Vegas.</i> —D. Feliciano Esternor. <i>Batabanó.</i> —D. Antonio Fonseca. <i>Sumidero.</i> —D. José Garcia Alonso. <i>Cifuentes.</i> —D. Evaristo Prieto. <i>Pinar del Rio.</i> —D. Deogracias Gil.		<i>Consolacion del Sur.</i> —Sres. Rodriguez y Fernandez. <i>Santa Isabel de las Lojas.</i> —D. Santiago Migoyo <i>Jiguaní.</i> —D. Santiago Barandiarán. <i>Guantánamo.</i> —D. Juan Anguer Freixas. PUERTO-RICO. <i>Capital.</i> —D. José Maria Sanchez. <i>Arroyo.</i> —D. Isidro Coca. SANTO DOMINGO. <i>Capital.</i> —D. Joaquin Machado. <i>Puerto-Plata.</i> —D. Miguel Malagón. FILIPINAS. <i>Manila.</i> —D. José Villeta. Celestino Miralles, agentes generales, con quienes se entienden los de los demas puntos del Asia. SAN THOMAS. <i>Capital.</i> —D. Luis Guasp. <i>Curacao.</i> —D. Juan Blasini. MÉJICO. <i>Capital.</i> —D. Juan Buxó y Compañía. <i>Veracruz.</i> —D. Manuel Ochoa. <i>Tampico.</i> —D. Antonio Gutierrez Victory. <i>Mérida.</i> —D. Rodolfo G. Canton. <i>Mazatlan.</i> —D. Francisco Echeguren. <i>Puebla.</i> —D. Emilio Lezama. <i>Campeche.</i> —D. Joaquin Ramos Quintana. VENEZUELA <i>Caracas.</i> —D. Martin J. Larralde. <i>Puerto-Cabello.</i> —D. Juan A. Segrestia.		<i>La Guaira.</i> —Señores Salas y Montemayor. <i>Maracaybo.</i> —Sr. D'Empaire, hijo. <i>Ciudad Bolívar.</i> —D. Serapio Figuera. <i>Carápano.</i> —D. Juan Orsini. <i>Barcelona.</i> —D. Martin Hernandez. <i>Maturin.</i> —M. Philippe Beauperrthuy. <i>Valencia.</i> —Señores Jayme Pagés y Compañía <i>Coro.</i> —D. J. Thielien. <i>Cerro de S. Antonio.</i> —Sr. Castro Viola. CENTRO AMÉRICA. <i>Guatemala.</i> —D. Ricardo Escardille. Norberto Zinza. <i>San Salvador.</i> —Señores Reyes Arrieta. <i>San Miguel.</i> —D. Joaquin P. Guzman. Manuel Soto. <i>Tegucigalpa.</i> —D. Manuel Sequeiros. <i>Chinandega (Nicaragua).</i> —D. Isidro Gomez. <i>San Juan del Norte.</i> —D. Emilio de Thomas. <i>Consonante.</i> —D. Joaquin Mathé. <i>Rivas.</i> —D. José N. Bendaña. <i>Granada.</i> —D. Zacarias Guerrero. <i>San José de Costa Rica.</i> —D. Guillermo Molina. Casto Gomez. <i>Belize.</i> —D. José Maria Martinez. ECUADOR. <i>Guayaquil.</i> —D. Antonio de La Mota. NUEVA GRANADA. <i>Bogotá.</i> —D. Lázaro Maria Perez. <i>Santa Marta.</i> —D. Martin Vergara. <i>Cartagena.</i> —Señores Macias é hijo. <i>Panamá.</i> —D. José Maria Aleman. <i>Colon.</i> —D. Matias Villaverde. <i>Medellin.</i> —D. Juan J. Molina.		<i>Mompós.</i> —Sres. Ribon y hermanos. <i>Pasto.</i> —D. Abel Torres. <i>Subanaldaga.</i> —D. José Martin Tatis. <i>Sincedejo.</i> —D. Gregorio Blanco. <i>Barranquilla.</i> —Sres. E. P. Pellet y Compañía. PERÚ. <i>Lima.</i> —Sres. Redactores de la Nacion. <i>Arequipa.</i> —D. Manuel de G. Castresana. <i>Iquique.</i> —D. Benigno G. Posada. <i>Puno.</i> —D. Francisco Laudaela. <i>Tacna.</i> —D. Francisco Calvet. <i>Trujillo.</i> —Sres. Valle y Castillo. <i>Callao.</i> —Sres. Colville, Danwson y Compañía <i>Arica.</i> —D. Carlos Eulert. <i>Piura.</i> —M. E. de Lapeyrouse y Compañía. BOLIVIA. <i>La Paz.</i> —D. José Herrero. <i>Cobija.</i> —Sres. Aguirre—Zavala y Compañía. <i>Cochabamba.</i> —Doña Benedicta Reyes de Santos <i>Potosí.</i> —D. Adolfo Durrels. <i>Oruro.</i> —D. José Cárcamo. CHILE. <i>Santiago.</i> —D. Augusto Reymond. <i>Valparaíso.</i> —D. Nicasio Ezquerra. <i>Copiapó.</i> —Señores Rosello hermanos. <i>La Serena.</i> —Señores Alfonso hermanos. <i>Huasco.</i> —D. Juan E. Carneiro. <i>Concepcion.</i> —D. José M. Serrate. <i>Santa Ana.</i> —D. José Maria Vides. ESTADOS-UNIDOS. <i>Nueva-York.</i> —M. Echeverría y Compañía.		<i>S. Francisco de California.</i> —M. H. Payot <i>Nueva Orleans.</i> —M. Victor Hebert. PLATA. <i>Buenos-Aires.</i> —D. Narciso Cepedano. <i>Catamarca.</i> —D. Mardoqueo Molina. <i>Córdoba.</i> —D. Pedro Rivas. <i>Corrientes.</i> —D. Emilio Vigil. <i>Purand.</i> —D. Cayetano Ripoll. <i>Rosario.</i> —D. Andres Gonzalez. <i>Salta.</i> —D. Sergio Garcia. <i>Santa Fe.</i> —D. Remigio Perez. <i>Tucuman.</i> —D. Camilo Caballero. <i>Guaileguaychú.</i> —D. José Maria Nuffez. <i>Peysandú.</i> —D. Miguel Horta. <i>Mercedes.</i> —D. Serafin de Rivas. BRASIL. <i>Rio-Janetro.</i> —D. M. D. Villalba. <i>Rio grande do Sur.</i> —N. J. Torres Crebuet. PARAGUAY. <i>Asuncion.</i> —D. Isidoro Recalde. URUGUAY. <i>Montevideo.</i> —Señores A. Barreiro y Compañía D. Hipólito Real y Prado. <i>Salto Oriental.</i> —Señores Morillo y Gozalbo <i>Colonia de Sacramento.</i> —D. José Murtagh. <i>Artigas.</i> —D. Santiago Osoro. GUYANA INGLESA. <i>Demerara.</i> —MM. Rose Duff y Compañía. TRINIDAD. <i>Trinidad.</i> —MM. Geroldiete, Urien.	
---	--	--	--	---	--	---	--	--	--